

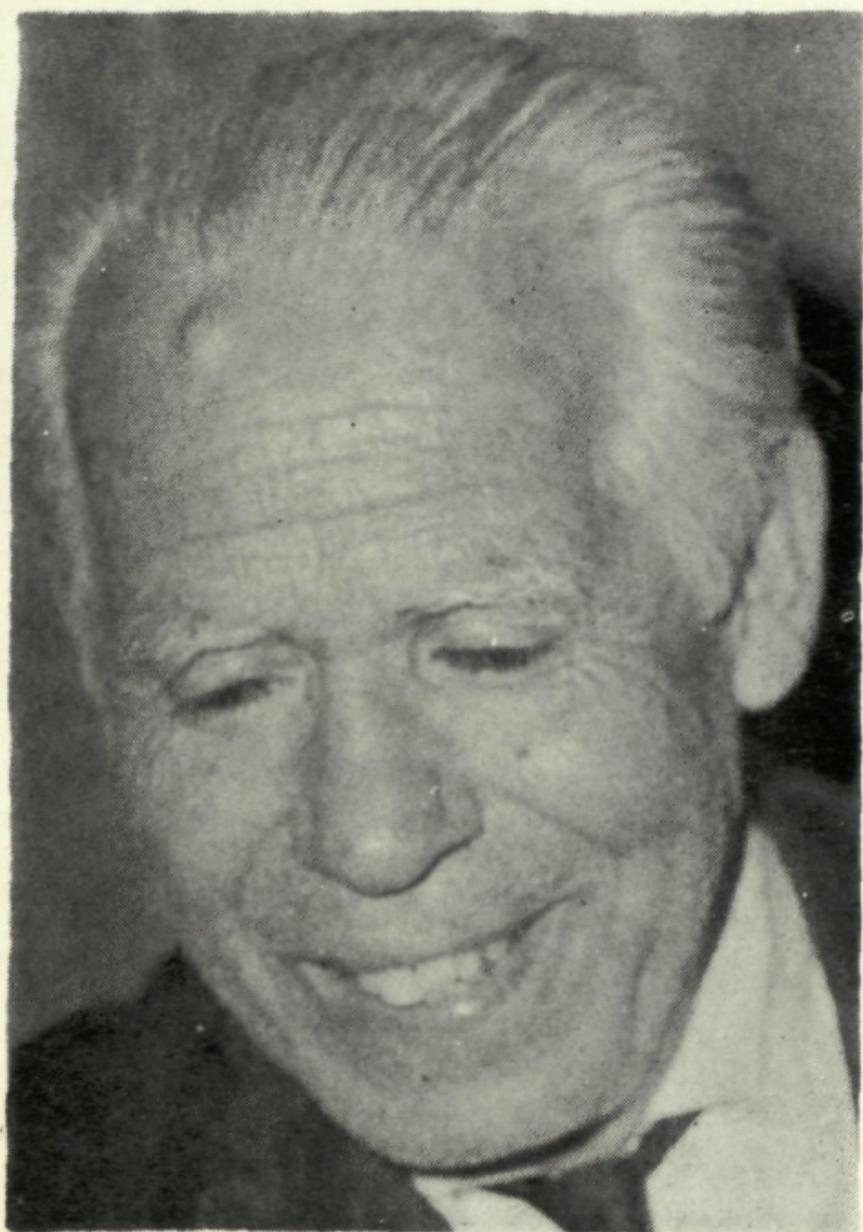
tertulia canaria

Juan Sosa Suárez



de PIO GOMEZ NISA

JUAN SOSA SUAREZ, nació en Gáldar, ciudad de la isla de Gran Canaria, que aún conserva la pátina y el encanto de cuando fuera sede de los guartemes (reyes aborígenes) de la isla, el 8 de marzo de 1904. Hecha la enseñanza primaria fue llevado a Las Palmas de Gran Canaria donde hizo los primeros años del Bachillerato, que no terminó. A los 14 años ingresa en el ejército como voluntario de Infantería, yendo a la imperial Toledo a hacer sus exámenes de ingreso en su gloriosa Academia, a la que, posteriormente, renunció. Desde muy temprano empezó a colaborar en los periódicos y revistas del archipiélago afortunado



**BIBLIOTECA
SAULO TORON**

Al gran Saulo Torin, también
patronarca de nuestra poesía, y a
Pabel y a María Pabel Torin, en-
tainable familia a la que aprecio.

Cordialmente

Francisco Rojas

12-4-70

NARRACION



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE G. CANARIA	
N.º Documento	<u>326119</u>
N.º Copia	<u>430671</u>

JUAN SOSA SUAREZ

TERTULIA CANARIA

(De setiembre, 1965 a febrero 1966)

- 1 -

© Juan Sosa Suárez / Editorial C. L. A.

PRIMERA EDICION

FEBRERO, 1970

Este tomo hace el núm. 9 de la
colección de narración
de esta editorial.

N.º de Registro: M. 777 - 1970

Depósito Legal: BI. 392 - 1970

P R O L O G O

Entornando los ojos fluyen más rápidamente los recuerdos; cerrándolos del todo el árbol de la emoción despliega su ramaje de tiernas hojas por el interior de nuestro cuerpo. En el acontecer de un periódico hay poco tiempo y el que hay es preciso emplearlo sólo en mirar, que no en ver. Ver por dentro y por fuera, ardidios de esperanza y de ilusión, deslumbrados por la luz del tiempo que pasa, es distinto que mirar.

El ancho y cotidiano río del tiempo que pasa hay que verlo remansadamente desde el margen y la puente de una tertulia, por ejemplo, para que se haga noticia. Y así lo hace, día a día, el escritor Juan Sosa Suárez. El acontecimiento fugaz no le deslumbra, no le saca de sus casillas espirituales; prefiere dejarlo macerar para comprobar, más tarde, si ha dejado huella de su sabor en el tiempo. Y es entonces cuando lo incorpora a la tertulia, a su tertulia canaria que cotidianamente ve la luz en «El Eco de Canarias».

Sólo acercándose con humildad franciscana es posible que la conversación de cada tertulia tenga alcance. Juan Sosa Suárez obra bien, porque separa la ganga y deja al descubierto el metal limpio, dispuesto a vibrar con el simple roce de un ala del corazón. En su tertulia, nuestro autor habla y escribe cuidadosamente, con voz velada y con pluma suave. No puede ser de otra forma si se conoce a su autor, uno de los de más limpia pluma que escriben en Canarias. ¡Y qué difícil es escribir en Canarias! Porque si escribir en España es llorar, hacerlo en el archipiélago es aislarse, encerrarse aún mucho más en la insularidad de una geografía que ya de por sí se fragmenta sobre la piel del Atlántico.

Juan Sosa Suárez me distingue con confiarme estas líneas sobre un hombre hecho a sí mismo, como es él, que tiene prisa esta vez, al contrario que en sus tertulias, por enviarlas a la editorial. Correspondo con gusto, amparándome en el rigor periodístico para justificar esta nota en que no he tenido tiempo de hacerla más corta.

PÍO GÓMEZ NISA

1965
SEPTIEMBRE

VENTURA DORESTE

En los primeros días de octubre próximo hará viaje a Madrid y posiblemente a París el escritor, ensayista y poeta Ventura Doreste, director-conservador de la Casa de Colón.

Al ilustre autor de "Sonetos a Josefina" y excelente crítico acaba de serle concedida una beca, por el Comité de Escritores Europeos, para estudios literarios y de arte. Asimismo ha sido invitado a pronunciar dos conferencias en Madrid.

Celebramos la distinción de que ha sido objeto uno de nuestros más destacados valores literarios.

PROXIMA EXPOSICION DEL ESCULTOR

JOSE PERERA

Está trabajando intensamente en el modelado de doce cabezas de personajes locales el escultor José Pe-

raera, premio “Salón de Otoño” y artista muy estimado en los círculos artísticos de París.

Sus obras más recientes, cabeza de Antonio Izquierdo, promotor del “Neo-Tea”, y su propio autorretrato, han sido muy elogiadas por cuantas personas han visitado su taller de trabajo, en las academias municipales de Dibujo y Modelado.

AULA POETICA A LA VISTA

En breve serán reanudados los “juicios” poéticos en el salón de actos del Real Club Victoria. Después del celebrado a los libros de poemas “Consejo de Paz”, de Pedro Lezcano, y “Habla Viva”, de Agustín Millares Sall, parece tocarle el turno al del poeta Eugenio Padorno, “Para decir en Abril”.

Ni que decir tiene que hay verdadera expectación por seguir tales “vistas” —a puerta abierta—, con fiscal, ponente, defensa, jurado y... veredicto público.

YOLANDA GRAZIANI

Acaba de hacer viaje a Madrid, acompañada de sus padres, la pintora Yolanda Graziani. Después de sus éxitos en su reciente exposición en la Galería Neblí, de la que, entre otros críticos, hizo los más acabados

elogios el Marqués de Lozoya, nuestra artista proyecta colgar sus cuadros en Bilbao y en Barcelona, para lo que ya ha recibido invitaciones de las mejores salas de ambas capitales.

Portadora del entusiasmo e inspiración de sus pinceles, Yolanda se abre paso, decididamente, hacia su soñada consagración.

Setiembre, 25

TELDE Y FERNANDO GONZALEZ

Hace algún tiempo que el Ayuntamiento de la ciudad sureña acordó rotular una de sus calles con el nombre del poeta Fernando González.

Sabido es que en Telde han nacido muchos poetas —Saulo Torón, Montiano Placeres, “Hilda Zudán”, Luis Báez Mayor, Fernando González—, por lo que suele llamarse a Telde la “ciudad de los poetas”. El autor de “Ofrendas a la Nada” la canta en la mayor parte de sus libros y es muy conocido su inspiradísimo poema “Laureles de la Plaza de San Juan”. Cuantas veces puede, el poeta suele venir a pasar una breve temporada en el solar de sus correrías, de sus amores y de sus muertos. Este año no le ha sido posible por encontrarse ligeramente enfermo.

Se le daría una gran satisfacción a Fernando si el Ayuntamiento de su ciudad natal, convirtiendo su acuerdo en realidad, grabara en una de sus calles el nombre del dilecto poeta y catedrático grancanario.

ANIVERSARIO

Ayer, 29 de setiembre, estuvieron las banderas del “Neo-Tea” a media asta. Lloraban la pérdida irremediable de *Vicente Mujica Trinidad*, en el primer aniversario de la partida de aquel espíritu entusiasta y servicial, amigo sincero y gran catador de todo lo relacionado con lo folklórico, el arte y la poesía.

Un fuego interior exacerbaba y consumía el alma de aquel amigo. Vivía para la amistad y lo íntimo: la esposa, los hijos, la casa, los libros... y su gran pasión, la música —conciertos, bel-canto, zarzuela, ópera, ballet—, para la que tenía un fino y delicado sentido. Amaba también la poesía, a la que dejó el tributo de su libro “Maví”, donde logró cantar lo insular acertadamente. En el “Neo-Tea”, del que fue uno de sus fundadores, derramó su mejor sal y los más hondos latidos de su corazón. Para un día —se sentía morir, pero nunca dijo nada— irse casi de improviso. ¡Vicente Mujica!

Fue cuando a la tertulia del café “El Polo” —Federico Sarmiento, Néstor Alamo, Agustín Conchs casi nunca faltaban— le faltó uno de sus más entrañables componentes. Y a la ciudad, a esta ciudad que cada día languidece y se despersonaliza más, hasta casi perder sus más esenciales rasgos, uno de sus fermentos, de sus más puros y sencillos poetas. Razón para ese luto que cuantos le conocimos llevamos en el corazón.

Setiembre, 30

OCTUBRE

FEDERICO SARMIENTO Y SU EXPOSICION DE FOTOGRAFIAS RETROSPECTIVAS

A más tardar, a finales de año, y como un regalo de Navidad, abrirá su exposición de fotografías retrospectivas, en un prestigioso y acondicionado local, nuestro buen amigo el periodista y coleccionador de objetos históricos Federico Sarmiento.

Posee Federico un verdadero arsenal de fotografías —amén de algunos cuadros—, muchas de ellas de la segunda mitad del pasado siglo. Junto a su gran colección de diarios, revistas, caricaturas, etc., Sarmiento ha ido amontonando esas láminas —la mayoría amarillentas— que apresaron y nos devuelven escenas, sucesos, rostros y ocurrencias de un tiempo que ya no vuelve.

Federico es un avaro de todas estas cosas y por nada del mundo se desprendería de tales reliquias. Antes, al contrario, va de la ceca a la meca a la busca y captura de cuanto cartón, libro, estampa o cartulina contenga algún recuerdo de un estereotipado tiempo.

El entusiasta y romántico fundador del semanario “España Nueva” (periódico que también habrá de vivir —por lo menos su portada— encerrado en alguna de esas fotografías testimoniales), parece decidido a convertir en realidad su acariciado empeño. La exposición será patrocinada por el “Neo-Tea”.

EL MEJOR HOMENAJE

Es indudable que a Víctor Doreste la ciudad y sus amigos le deben un homenaje. Se lo merece por su humor, su hacer, su “polifacetismo”, su originalidad y —perdónesenos el juego de palabras— su constante inconstancia. Porque Víctor es así, y por ser así nos dio el “Faycán”, el “Vino tintillo”, el embrujo de sus dedos en la guitarra, sus narraciones empapadas de ternura, su humorismo a lo Camba, el perfil, en suma, de una vida no exenta de interés y de dramatismo.

Decimos homenaje, para ir a parar a que el que Víctor se merece acaso fuese el consistente en una de estas dos cosas: reeditar su “Faycán”, lo que podría hacer alguna Corporación Oficial, Patronato de Cultura, la Casa de Colón, etc., concediéndole a Víctor, como autor, una decorosa cantidad y un cierto número de ejemplares, o llevándose a cabo por alguno de los grupos teatrales, ahora tan activos, la reposición, en forma de beneficio, de su mejor obra costumbrista: “Ven acá, vino tintillo”. Dos nobles cosas: rendir un público homenaje a sus indiscutibles méritos y darle

esa alegría en los momentos en que convalece en una clínica.

DESDE AVILA

Nos ha llegado una tarjeta desde Avila. Una larga hilera de murallas con sus torreones almenados, en los que se asienta el polvo de los siglos. Un puente, de corte romano, con sus tres ojos, que nos hace evocar nuestro antiguo Puente de Piedra o del Obispo Verdugo. Firma el recordatorio postal Natalia Sosa.

La autora de “Stefanía”, con su nerviosa y menuda letra, se nos hace presencia a su paso por las tierras de la andariega Santa Teresa. “Puente sobre el Adaja y murallas”, reza la letra impresa. “La belleza de Avila, concluye y rubrica Natalia, no es para describirla...”.

CRONISTA OFICIAL DE LA CIUDAD Y DECANO DE LOS POETAS

D. Luis Doreste Silva personifica todo el pasado lírico de la isla, la presencia de la glosa periodística, la flor de una juventud que se mantiene y prolonga al margen de los cierzos y de los otoños. Perenne romance el del espíritu de D. Luis. Un espíritu en pie, gozosamente vigilante, enfebrecido. Desde sus “Crónicas de París” y sus “Moradas de Amor”, y ya ha llovido desde

entonces, hasta hoy, su arco siempre tenso, en vilo su alma y su entusiasmo desbordándosele en loas y alientos para los demás. Para el poeta, el artista, el escultor o el cantante y hasta para el atleta o el olímpico deportista. La mano de D. Luis no mide la dádiva ni la cortesía. Así es. De hoy y de siempre.

Octubre, 1

VICENTE MARRERO

PASA UNA TEMPORADA EN LA ISLA

Es indudable que la tierra donde se ha nacido tira siempre por nosotros. Y cuando los horizontes de la isla se han perdido, por habernos acostumbrado a otros cielos y a otras urgencias, el perfil de lo lejano, el mar o la montaña de los antiguos días reclaman nuestra presencia de modo irrefrenable. El retorno es hermoso. Se vuelve a la misma luz y a los mismos o parecidos ritmos. Hasta que se vuelve de nuevo al ancho y agitado camino del mundo.

Vicente Marrero, escritor, crítico y ensayista, ha venido a pasar una temporada en su isla. Un descanso merecido a su ajeteo intelectual; una vuelta por estas latitudes de sol y barrancos, de platanales y sancochos, de afectos y de nostalgias. Para luego volverse a la ancha y variada "piel de toro", donde proseguir sus quehaceres literarios y humanísticos.

El autor de "Picasso y el toro" y director de la revista "Punta Europa" emprenderá dentro de unos días

su viaje de regreso a Madrid. Esta breve estancia en su isla, en su Arucas, le habrá vigorizado su auténtica, fiel canariedad.

D. CHANO S. PADILLA

Hace algún tiempo que por prescripción médica guarda reposo el ex-administrador de “La Crónica” y conocido rapsoda, D. Sebastián S. Padilla.

La ausencia de D. Chano se advierte en la tertulia diaria de “La Plazuela”, donde a la sombra de los ficus y sentados en verdes bancos celebra sus reuniones el “Frente de Juventudes”, del que fuera D. Chano su Presidente Perpetuo.

Sus recitales —“Para esos sueños que yo acaricio” o aquel “Ya suenan los claros clarines”—, apasionados y románticos, como fruto de la mejor escuela declamatoria, han dejado de oírse, al igual que sus sutiles y rápidos chistes. Ni tampoco acude ya, puntual, a las citas sabatinas del “Neo-Tea”, ni a los lunes de San Nicolás.

Algo muy entrañable e insustituible se ha desgajado de la tertulia literaria y del paisaje anecdótico de la ciudad. Humor y nobleza. Algo, un personaje, comoquiera que se le considere, excepcionalmente humano.

Octubre, 2

UN LIBRO DE POEMAS DE VICENTE JIMENEZ

El autor de la novela canaria “Volcanes”, que viene haciendo desde hace algún tiempo una vida retraída, parece que dará a la estampa en breve un libro de poesía. Antes de su novela ya había publicado un libro de versos y llevado a la escena, si mal no recordamos, una obra teatral —“El Verano de las Eras”—, que hubo de sufrir, en los aprestos de su representación, ciertas involuntarias dificultades.

Vicente Jiménez es un espíritu serio y recatado. Alejado del “mundanal ruido”, regando, en silencio, hondas raíces vivenciales, vive, hoy por hoy, en una recoleta tranquilidad y en un aislamiento voluntario del que cabe esperar jugosos y palpitantes frutos.

Hubo un tiempo en que Vicente Jiménez participó de la tertulia, aquella inolvidable del kiosko de la música de D. Agustín Quevedo, en la vieja Plazuela, ungida por la concurrencia de músicos y melómanos. Ni este ni otros acaeceres, embalsamados por el tiempo, puede olvidarlos Vicente Jiménez. Por ello esperamos el mensaje vivencial de su libro con impaciencia.

¿OBRA TEATRAL INEDITA DE D. JUAN MILLARES CARLO?

Hemos oído decir que el poeta recientemente fallecido Juan Millares Carló dejó escrita una obra de

teatro, de cuyo número de actos y temática no tenemos aún referencias. Parece que su hijo Agustín está ordenando las cuartillas manuscritas, para una vez puestas a máquina darles una lectura familiar. El autor de "Hacia la Luz", todos sabemos que últimamente vivió una existencia dolorida, por razón de su incurable dolencia, si bien la sobrellevó con una entereza ejemplar. El árbol de aquella entereza estuvo en pie y en flor hasta su minuto final.

Sería interesante la confirmación de esta noticia, que vendría a incrementar nuestra estima por el ilustre profesor y nos permitiría conocer una faceta más del entrañable poeta. El teatro, siquiera como entretenimiento de su postrera soledad, pudo haberle seducido y venirle de sus antepasados, pues es sabido que los Hermanos Millares escribieron estimables piezas teatrales y que su abuelo, D. Agustín Millares Torres, compuso la partitura —y suponemos que también la letra— de su ópera "Elvira".

Las palabras que ya le faltaban, el alma que ya se le salía "hacia la luz", bien pudo engarzarlas, infundirlas en los personajes de su imaginación, pero no para un nuevo, irremediable silencio, sino para sacarlas y gritarlas al sol y a la vida.

AGUSTIN SANCHEZ EN EL RECUERDO

A veces el recuerdo se para, como una obstinada o persistente mariposa, en algún hecho, paisaje o persona que allá, en los posos del alma, le arden y quemán

a uno con su clamor irrehuible. Cerramos los ojos y nos trasladamos a un mundo cuyos umbrales se abren, extrañamente iluminados, para recibir nuestra visita. Evocaciones que nos florecen allá dentro, de buenas a primeras, y que son como una campana que nos tañe en el fondo de nuestro propio corazón.

Entonces vemos, se nos figura que vemos, o que oímos, aquel perfil, aquella voz, que ya no son ni música ni tierra. Y nos echamos a andar, tanteando tinieblas, suspiros borrosos, sonrisas y gestos desvanecidos, pisando cielos y abismos de una galería que comienza y termina en nosotros mismos.

Agustín Sánchez. ¡Cómo se me viene al recuerdo! Era en los últimos años de su vida, cuando, enfermo y derrotado, malvivía vendiendo billetes de la suerte. Había sido carpintero y un aficionado empedernido al arte de Talía. Días de gloria y de triunfo hizo vivir a muchos —autores y público— el arte, la hilaridad, el duende escénico de Agustín Sánchez. Un talento natural unido a una gran vocación hicieron el milagro. En nuestro “Pérez Galdós”, en el “Hermanos Millares”, en el Real Club Victoria y en otros locales de la ciudad y de los pueblos, el actor que había en Sánchez supo hacer reír y soñar a muchos espectadores. Su sola presencia en escena, su desgarbada figura, su naturalidad, eran de suyo cautivantes y embrujadores.

Quien cepilló tablas y acarició el ébano, la caoba, el oloroso palisandro y el humilde y sencillo pinsapo tenía una gran tabla teatral, un inapreciable mérito interpretativo. Aún recordamos verle en “El vino tintillo”, de nuestro Víctor, con Manuel Marrero, Isidoro y Plácido Bermúdez, Resurrección Acevedo y Carmen

Peón, centro de la hilaridad y el mejor humor de quienes gozábamos las delicias de la célebre pieza costumbrista canaria.

Imposible evocar el cuadro teatral "Atenas", de tantas virtudes y solera, sin que surja la figura inolvidable de Agustín Sánchez.

Un día ya no pudo más estar en pie, y menos aún subir escaleras, y sudoroso y tosiendo, con los ojos y el alma anegados en amargura, se recluyó en su casita de Schamann, con el pecho hundido y aquella esperanza desesperada que le asía a la vida... La pobreza de última hora se cebó en él. Apenas si comía. Le faltaron la luz, algo de qué agarrarse, y las últimas ilusiones dejáronle solo. Y solo, en infinita soledad, hizo su mutis definitivo.

Frente al mar espejeante y a la estrella polar descansa el infortunado Agustín. Todas las noches se descuelga alguna estrella, desde el escenario de Dios, para encender su apagado corazón.

Octubre, 7

ILONDA FERRERO

¡Cómo recordamos la tarde que oímos cantar a Ilonda Ferrero, con su magnífica voz de soprano dramática, en una reunión familiar en Escaleritas! Al piano, Manolo Peñate, enfundado en su terno negro, con sus dedos pálidos y nerviosos volcados sobre el instrumento, y entre sus oyentes doña Sofía, ex-actriz y

viuda del poeta Enrique Ruiz de La Serna. Ilonda nos obsequió con el aria de la joya de Margarita, del Fausto, de Gounnod, y con el aria también del tercer acto de La Bohème, de Puccini, entre otros fragmentos de ópera.

Todo fue como en familia y la reunión estuvo excelente. Algún tiempo más tarde volvimos a escuchar a Ilonda en el concierto de la Orquesta y Coro de la Sociedad Filarmónica, celebrado en abril de este año, bajo la dirección del maestro Marçal Gols. La parte que como solista cantó nuestra artista estuvo a la mejor altura, aunque para su cuerda de soprano no fuese la más adecuada.

Ilonda, últimamente, ha intensificado sus estudios y se nos dice que está en plenitud de voz y de facultades.

Nos gustaría, caso de que en los meses de final de año se celebrase algún festival de ópera, volver a oír cantar a esta valiosa soprano en el "Pérez Galdós".

LIBRO DE VERSOS

DE LUIS BENITEZ INGLOTT

Acaba de salir a la luz pública el esperado libro de versos de Luis Benítez Inglott, con el título de "Poemas del Mundo Interior". La primera voz en saludar su aparición ha sido la del decano de los poetas grancañarios, D. Luis Doreste Silva.

"Pío Cid", a cuya buena prosa, casi cotidiana, estamos tan acostumbrados —¡oh, el oro fino de ese su

“El papel vale más”!—, ha querido desdoblarse, ofreciéndonos el tributo lírico de sus rosas y espinas interiores. Como poeta verdadero ha dejado sedimentarse lo gozado y lo sufrido, el ayer y el hoy, lo evocado y lo presentido, para entregárnoslo en la más hermosa y temblorosa forma: el verso.

Luis Benítez, que ya era poeta por autenticidad—sus poemas de su turbulenta y azarosa juventud, los del Campo de Concentración y los de sus románticos y aflictivos paisajes interiores—, pero que se había mantenido hasta hoy inédito, acaba de serlo también de cuerpo entero y por propio derecho, con ese libro con el que ha acrecentado y enriquecido el caudal lírico de la isla.

Octubre, 8

LECTURA TEATRAL Y CANTO

En el domicilio particular del poeta y alumno de Filosofía y Letras, Jorge Rodríguez Padrón, tuvo lugar, hace pocas noches, la lectura de dos piezas de Bertolt Brecht —“El Soplón” y “Aria, hermana mía”—, en la que tomaron parte Gustavo y Jorge Rodríguez Padrón y la señorita Basilisa Hernández.

Dichas piezas forman parte de las veinticuatro del mismo corte, escritas por Brecht, conocidas bajo el título de “Miedo y Miseria del III Reich”.

Están tomadas de la vida cotidiana del pueblo alemán bajo el régimen nazi. Tales piezas, hasta un total de veinte, son de escasa duración escénica, y

fueron escritas por su autor en el año 1938, pero su primera edición no tuvo lugar hasta 1945, en Nueva York. Fueron representadas varias veces, durante la segunda guerra mundial, en los Estados Unidos de América, y, en Alemania, inmediatamente después de la derrota hitleriana.

Jorge Rodríguez, primer animador del club juvenil "Los Amigos", sintió no poder ofrecer otra cosa —fueron sus palabras— pero se congratuló del calor y el entusiasmo puestos por sus colaboradores los jóvenes Eduardo Artiles, Leopoldo O'Shanahan, José Luis Pernas y otros, ahora ausentes por razones universitarias.

Al final de la lectura de las dos obras de Brescht, cantaron sendas canciones, con delicada voz y fino estilo, las sopranos Ilonda Ferrero y Basilisa Hernández. Luego, y por el anfitrión, fuimos espléndidamente agasajados.

Asistieron a esta lectura y posterior y amistoso coloquio de arte, Antonio Cillero y Francisco Nogales —director y actor, respectivamente, de Teatro de Arte de Las Palmas—, los poetas Domingo Velázquez y Juan Sosa, familiares y amigos, brindándose por el arte, el teatro y la poesía.

"EL TIMPLE" Y JOVELLANOS

No se piense que aludimos al timplillo majorero, encantador instrumento de tres cuerdas, que anima las largas y estrelladas noches de la isla Maxorata, y también las horas o los instantes allí donde unas manos mágicas lo toquen, con sentires soterraños y queren-

ciosas nostalgias, sino del bar que en pleno Puerto de La Luz ostenta este nombre.

¡Bar... “El Timple”! Sentimiento del alma canaria. Melodía monorrítmica y desgarrada que se mete en el alma. Pero, nada de eso. En el testero, presidiendo a la clientela, un timple colgado, simbolizando el nombre del establecimiento.

Y qué sorpresa la nuestra cuando la mano del dueño —un caballero asturiano de muy correctas formas y modales—, se apresuró a poner en muestra ·mano, no la orientadora “Carta”, con su exquisito poemario de “Mero a la plancha”, “Bacalao a la vizcaína”, “Ostras a la galleguiña”, etc., sino un noble y ya viejo libro con los discursos y pensamientos mejores de don Gaspar Melchor de Jovellanos, el poeta, escritor y político, nacido en Gijón, y que fuera ministro de Carlos IV. Sorpresa mayúscula, y en cierto modo emotiva, por cuanto el caballero antepuso al interés comercial la admiración más devota hacia su paisano, el eminente poeta y político astur.

En medio del bullicio y del tintineo de las copas, leímos en voz baja —el caballero no apartaba sus oídos de nosotros—, hasta un par de páginas de la interesante y documentada recopilación.

PINO OJEDA Y SU “PIEDRA SOBRE LA COLINA”

Sobre la colina de la poesía canaria, Pino Ojeda, pintora y poetisa, acaba de colocar la piedra preciosa de su último libro.

“La piedra sobre la Colina”, con retrato de la autora y fragancia reciente, corresponde al sexto volumen de la Colección “Tagoro”, que tan buenas cosechas nos viene ofreciendo de breves textos líricos.

La apasionada voz de Pino Ojeda, centrada en el amor, con haces de fuego que la edifican y consumen, canta, una vez más, en este librito:

*“Hablaban de cosas presentes, serenas,
teñidas de sueños.*

Hablaban sin rubor.

Sencillamente.

No deseando más que continuar el diálogo antiguo”.

Octubre, 9

LA ALAMEDA DE COLON

La Alameda de Colón, a más de llevar el nombre del inmortal descubridor, tiene, en la panorámica de la ciudad, su perfil y su historia.

De la antigua Alameda, sombreada por altos y bellos plátanos del Líbano, sus paseos de caracolillo y su airoso tabladillo de la música —¡oh, las sombras románticas, perceptibles en alguna noche de luna, de los maestros Valle, Teiera y Dávila!—, resta el busto, sobre alto pedestal de mármol, a la sombra de la vieja iglesia de San Francisco y unas palmeras que también le hacen sombra y se pueblan de pájaros. Las verjas que la rodeaban y sus artísticas puertas de hierro no son ya sino

recuerdo, y, recuerdo, también, sus tres paseos: dos laterales para soldados y artesanos y el céntrico, debidamente “señalizado”, para la... aristocracia. ¡Signo de los tiempos!

En los últimos paseos que semanalmente se celebraban en la Alameda, esparcimiento público al que la ciudad estaba habituada, igual que al de los Carnavales, oímos algunos conciertos de la banda municipal, bajo la batuta del maestro Tejera. La juventud paseaba y se hacía el amor; los chiquillos corrían, los soldados alborotaban y hasta los viejos evocaban pasados y felices tiempos. Y era sólo cuando la campana del reloj del Casino marcaba las once o las doce —según la época— que se iniciaba el desfile bajo la macilenta luz de unos arcos voltaicos.

Alameda de Colón, de la que apenas queda el nombre.

Octubre, 10

PERRO Y FLOR

Parece el título de un bodegón, de un sencillo y bucólico apunte, claro que figurativo y no abstracto, de esos en que ni el perro ni la flor se ven por parte alguna.

Trátase sencillamente de que a uno de los puestos de flores, de vendedoras de delantal blanco y manos de azafata, colindantes con la tertulia del viejo Puente de Palo, se acercó un perro —de esos que transitan

por esas calles sorteando ruedas y pasos de peatones—, olfateó una flor que encontró caída, y, sin alzar la pata, como es cansina costumbre perruna, pisó el acelerador y siguió su marcha.

¡Insólito instante! Encuentro charlotesco del perro vagabundo y la flor despreciada. Mas, no fue tan rápido el instante como para que un extranjero no sacara su Kodak y eternizase tan sublime suceso.

De seguro que pondría al pie: “Perro y flor. Sobre el Puente del Palo. Junto a la tertulia. Isla de los canes”.

JUAN VELAZQUEZ Y SU PROSA HUMANISTICA

Sobre temas de arte y filosofía —también de historia—, es frecuente ver, en los periódicos y revistas, la firma de Juan Velázquez. Asimismo sobre crítica, ensayos o trabajos descriptivos del paisaje y el “folklore” isleños, sólo que predominando casi siempre, en su temática, lo intelectual y especulativo sobre lo sentimental o emotivo.

Juan Velázquez, en sus rebuscas y “ahondaciones” —vamos a emplear uno de los vocablos a que es tan dado acudir para precisar, vestir o redondear sus expresiones—, coloca, por sobre toda otra lucubración o pensante esencialidad, lo filosófico o acaecederio del hombre. (Del hombre en sus hondos, indesvelados, oscuros o lúcidos contornos.) Maneja sus propias ideas,

y, aunque orteguiano, tiene su estilo y su modo de ver propios.

También lo insular y autóctono le apasiona en su mítica, real y telúrica configuración.

Su prosa, identificable a la legua, es rica en giros y expresiones. Y es lo encantador que, para que el logro sea perfecto, maneja, no sin donosura, sus propias velazqueñas palabras. He aquí una muestra:

“Críticidad, procesivo, olvidoso, orbitación, tonaciones...”, y tantas y tantas licencias que hacen su prosa —y sus conferencias— reconocibles.

A Juan Velázquez, uno de nuestros intelectuales con cuño y atuendo propios, se le encuentra cargado de libros y periódicos, camino de su despacho de Triana, donde los volúmenes trepan hasta el techo y las carpetas y revistas se esparcen, algunas, por el suelo. Se detiene para hablar con uno allí donde nos encuentre, sin que falte el tema de Ortega, de Posada, de Juan Luis Vives, de Berceo o de Leibniz. Con zapatones de campo o con americana de calle, como un buscador de aguas que bajara de la Cumbre o un sencillo profesor camino de la clase.

Octubre, 14

EL PINTOR GOMEZ BOSCH

Otros años, por estas fechas, preparaba ya su puntual y casi religiosa exposición pictórica de noviembre, el pintor don Tomás Gómez Bosch. A lo largo del año

se había alongado hasta Valsequillo, Tenteniguada, Tunte, Ayacata o Tejeda, donde captaba la belleza de los almendros en flor y las jugosidades y colores —sienas, verdes, ocres, amarillos—, de sus paisajes; o a las caletas y playas de La Laja o El Rincón para hacer sus marinas. Lo restante —retratos y bodegones— hacía bajo techo, en su estudio.

Pero hace unos meses sufrió el pintor un achaque de algún cuidado —que lo retuvo, temporalmente, en cama—, del que, por suerte, está bastante recuperado. Lo que no sabemos es si la recuperación le habrá permitido hacer hasta una veintena de cuadros que colgar en alguna sala de exposiciones.

También por estas fechas comenzaban a aparecer en los periódicos los artículos alusivos a la obra del pintor, precursores del acaecimiento.

La proximidad de noviembre le retenía en su atelier, ordenando lienzos, preparando marcos, redactando el catálogo y hasta solazándose, a solas, en la contemplación de la labor hecha. Días y noches en el campo; semanas en alguna playa plácida o escarpada; caballetes, apuntes, pinceles, al aire libre, de frente a la palpitante plástica de la naturaleza, más que a la memoria o a la imaginación.

Y la cita, en su casa, de los amigos y admiradores, semanas o días antes de la solemne inauguración. En los ojos del pintor, el mismo gozo del sembrador ante las espigas doradas o el esplendor de la vendimia. Y en sus labios, los nombres de Meifren, Solana, Colacho, Velázquez, Gauguín...

De aquella generación de Tomás Morales, González Díaz, Don Alonso, "Fray Lesco", Colacho Massieu,

acaso sea don Tomás Gómez, con los poetas Luis Dorreste Silva y Saulo Torón, las humanas preseas que aún alienten. Sabemos que el “Neo-Tea” traía en sus manos la organización de un homenaje al ilustre e indesmayable don Tomás. ¿A qué espera?

¿QUE SERA DE GILDA?

¿Habrá quien no recuerde a Gilda, emperifollada Dulcinea de nuestras calles, con sus grandes lazos en el cabello, los fuertes colorines de su maquillaje y los chillones encajes y cintajos de su vestido? Frecuente era encontrarla por los alrededores del viejo Mercado, por las fondas y cafetines adyacentes, junto a los puestos de ventas de flores o por todos aquellos dominios de los que, si Gilda era princesa indiscutible, el rey soberano era Andrés “El Ratón”.

Princesa, dama o señora y no gitana, pedigüeña o echadora de cartas. Eso no. Gilda es una interesante criatura nacida y criada en Arucas, de buena cuna y de un excelente corazón. En el que lleva, cerrado a doble llave, un bello, sentimental contratiempo. Por eso Gilda, aunque los niños se ríen al verla y los mayores la mortifiquen con bromas y palabras, lleva siempre, sobre el estrafalario y quemante carmín de sus labios, una dulce sonrisa.

Así como Lautrec, en sus escaladas y demoras en el Moulin Rouge, perpetuara en sus dibujos a muchas de aquellas mujeres que, como noctámbulas mariposas, revoloteaban por el romántico cabaret, no sé si fue

Julio Viera o Juan Ramírez quien, con sus pinceles, inmortalizó a la simpática Gilda.

Pero hace tiempo que no se la ve; que no va por los figones o puestos de flores, con su pantalón vaquero, su gorra escocesa, unos grandes lazos, su collar de orientales perlas, sus chapines de raso y esa sonrisa, pícara y acarnavalada, de grotesca Gioconda.

VICTOR DORESTE SE VA A TENERIFE

Víctor ha decidido marcharse para Tenerife. Dice que está harto de Las Palmas, de sus malos poetas y de los muchos envidiosos que pululan en ella. Y no se diga de los autores teatrales, pobres, malísimos según él; él, el único, auténtico autor de teatro costumbrista canario. Y es que por la isla de Tenerife siente particular predilección. No sabemos por qué será, pero es así.

Le hemos encontrado después de su convalecencia. Porque nuestro Víctor ha estado enfermísimo. Se lo oímos decir a él, que está muy convencido de su vitalidad adánica. Está algo más estirado y más animoso. Le ha dado de lado a la cachucha de visera de sus primeros días convalecientes y cubre ahora su testa con un fieltro un poco a lo canario. El autor de "Faycán" es original hasta en eso. Pero quiere, irrevocablemente, dejarnos, irse a Tenerife. ¡Oh, Cañadas del Teide, vinos de Tacoronte y de Icod, música de Power y versos de Manuel Verdugo, claustros y calles de La Laguna y noches de bohemia en la Plaza de La Constitución!

Entretanto, aquí se espera su anunciada exposición pictórica, con paisajes de nuestras medianías y alguna que otra marina, lienzos que hemos saboreado, al calor de viejas y entrañables recordaciones, en su solitario caserón de la calle de San Pedro. Pero Víctor, que tiene, junto a sus supersticiones, algunas rarezas, se empeña en trasladarse a la vecina isla, donde tiene antiguos y muy buenos amigos. Entre otros, al poeta Víctor Zurita y al maestro Santiago Sabina.

Octubre, 16

PASEO POR LA CIUDAD ALTA

Gracias, poeta amigo, por haber venido por la tertulia, participando en la charla y haberme invitado a dar un paseo por la Ciudad Alta. La Ciudad Alta, casi al filo de las estrellas, surgida como por encanto en lo que hasta ayer fuera pleno descampado y ahora con sus luces, sus plazas y sus casas nuevas, dueña y señora del hasta no hace mucho tiempo reino de la polvorienta tabaiba, el verde lagarto y la cabra salvaje.

Debiste, amigo mío, advertir mi cansancio cuando así lo hiciste. Y cuán grato le fue a mi pereza —o a mi pesadumbre— nuestro improvisado paseo por estas calles casi silenciosas, con sus casitas de poca altura y sus jardinillos, olorosos a jazmines y a lluvia, a una lluvia que quería caer, fina, impalpable, gozosamente inesperada.

¿De qué hablamos, poeta amigo, en aquella noche? Ah... De tantas cosas. Antes que nada abordamos el tema del teatro, el de la amistad, el de los hijos, el de

las humanas obligaciones, el arte y la vida. Después hablamos de tu tierra y también un poco mía; de tu Fuerteventura...

¿Y por qué nombramos a Valle Inclán? Ah, sí... Para recordar sus "Divinas Palabras", la belleza de sus "Sonatas", las rarezas e intemperancias de aquel carácter, la turbulencia de su vida, ahora que está de moda el hablar de sus "Esperpentos". Aquel don Ramón, deslenguado y cruel, pero una de las glorias de nuestras letras y de nuestro teatro. También hablamos de Unamuno y de su poema, tan alabado por Cossío, al Cristo de Velázquez; de Hugo Betti, de Brecht y hasta de Pemán. De tantas y tantas cosas que contábamos y recontábamos como deslumbrantes monedas. De tus versos y de tus libros por editar; de los míos; de los días ya sepultados y de los por llegar; de la pobre esperanza que nos viene y se nos va como un pájaro cansado de nuestro abatimiento; de la luz que dejamos encendida al borde de nuestros frágiles desalientos; de todo eso que nos acompaña y nos abandona sin remedio.

No. Tú no dijiste que tu añorada isla fuese pobre o miserable. Qué ibas a decirlo, si la llevas en tu entraña como a algo irrenunciable. La llamaste, sí, cenicienta, olvidada, dejada de todo amor y cuidado. ¿Y no lo es? Cenicienta, sí, es todo aquello, cosa o criatura, que, encerrando una suma de virtudes, un venero de posibilidades, unas indiscutibles excelencias, es postergada, preterida o abandonada. Y tú, poeta que sabes decir las cosas, no hiciste sino dolerte del infortunio de tu isla Maxorata.

Cuán grato aquel paseo al aire libre, sueltas el alma y las palabras, con la lluvia cayéndonos suavemente

encima del sueño y del corazón, hasta la salida de aquella luna que veíamos subir del fondo de profundas oscuridades. Gracias, poeta amigo, por tu impagable compañía.

Octubre, 17

DON JULIAN TORON NAVARRO

¡Qué excelente persona y ciudadano fue don Julián Torón Navarro, hermano del poeta, don Saulo, y, poeta, él también!

Al igual que don Domingo Rivero —sacado del olvido, Dios mío, y qué trabajo ha costado—, don Julián escribió poco y publicó menos. Era un alma sencilla y recoleta. Leía a sus amigos, a muy pocos, sus versos. Recordamos oírle recitar algún soneto perfectamente construido y sentido. También algún poema intimista, donde lo humano tenía un temblor hondísimo.

Don Julián vivió pulcra y honestamente. Interesado por la cosa pública, fue concejal del Ayuntamiento de nuestra ciudad. A él se debe, casi por entero, la nomenclatura actual —ampliada, claro— de los nombres de las calles de Las Palmas. Enamorado de la cultura universal, del arte y de las ideas de todos los tiempos, del espíritu creador, en una palabra, estudió e impuso esa antología de calles que es hoy la ciudad. Particularmente la Ciudad-jardín, Alcaravaneras y el gran sector urbano de Guanarteme, llevan el marchamo, la riqueza de nombres del arte, la ciencia y el pensamiento univer-

sales. Fue la gran manía, el violín de Ingres de don Julián.

Toda su vida abrigó una ilusión que no sabemos si llegó a realizar: la de hacer un viaje a París. Enamorado de la “Ciudad-luz”, patria de Verlaine, Baudelaire, Hugo, Lamartine, Zola, Cézanne, Ronsard, fue su sueño “tirarse un salto” a París, donde beber, gozar, las hue-llas de aquellos espíritus, asomarse al Sena, pasear por los Inválidos, ver y ensoñar la corte de los Luises y de las Revoluciones. Deshojar algún crisantemo sobre las losas del Père Lachaise. Se cuenta, que, con la ayuda de su imaginación y apoyado en algunas refe-rencias, elaboró un plano exacto de París, que exhibía a sus amigos y del que hablaba, a veces, dando la sensación de conocerlo al dedillo.

¡Excelente don Julián! Poeta y hombre a carta cabal. Soñador de imposibles. Si fue o no a París, no lo sabemos; pero sí que mantuvo ese sueño, hasta el final, en su corazón.

Octubre, 21

BURRO Y HOMBRE

Rara es la tarde, allá al sol puesto, que no pasen, el burro y el hombre, camino de Dios sabe dónde. Trae el burro su buena albarda, aderezada con una buena cincha y badanas de alegres colores. El hombre viste también sus arreos, en los que destacan un cinturón amarillo, unas holgadas polainas de lustroso cuero y un

vistoso sombrero campesino. Pasan hombre y burro silenciosos; el primero tirando bien de la jáquima y sacando el humo de su cachimba; el segundo, aguantando, paciente, el tirón de su compañero. Desfilan a paso lento, bien arrimados al estadal de la acera, poniéndose a buen resguardo de los coches y como si el alcanzar pronto la casa o la cuadra no les importase.

Humana y simpática pareja, pese a todo. Si el hombre fuera montado, y tuviera una barbilla y unos ojos melancólicos o como perdidos, y, de vez en cuando, dijera algo al burro, creeríamos que se trata de otro Juan Ramón, como aquel loco poeta de la historia. Pero, no. Camina tan alerta con los bólidos que lo rozan, o va tan caviloso, tirando del ronزال o propinándole algún cariñoso rebencazo al pobre compañero, que más bien me parece otro Sancho Panza, camino de cualquier venta —bochinche— o de cualquier otro misterio.

Mas, ¿de dónde vienen, sin que fallen una sola tarde, burro y hombre? ¿Y de qué menester o aventura?

Sancho o demonio que me tienes profundamente intrigado.

REQUIEM POR EL VIEJO CIRCULO MERCANTIL

Un célebre novelista galo tituló una de sus obras: "Las flores caen, los pájaros se alejan..." Caen las flores y las montañas, se deshacen los días y las lluvias, las estrellas y las esperanzas. Y las piedras. Las piedras

que el hombre amontona para una vida o para una eternidad, una a una, fatiga a fatiga y que, de pronto, vuelve con la misma mano —o con otras manos— a deshacer, a derrumbar, desbaratándolas triste y fatigosamente.

El edificio del viejo “Círculo Mercantil” —tantas reuniones presididas por Mercurio, en sus salas; tantos bailes en sus alfombrados y encendidos salones; tantas verbenas de San Juan en sus jardines y patios de recreo—, es ya casi un escombros. Donde hubo vida, luchas, afanes, goces y alegrías, ahora hay sólo polvo y liquidación. Y una nueva forma, como en el cielo una nueva luz, se abre, como una flor, al futuro.

Sobre esas piedras, debajo de esos techos y artesanos, hubo el trajín y el sueño de los hombres. Yo recuerdo aquellas actividades sociales y mercantiles de la Sociedad y también las de signo cultural y recreativo. Fueron tantas. Aquel ciclo que hubo de conferencias sobre personajes relevantes canarios entre los años 1948-49, tan admirablemente encauzadas por Félix Marrero y otros directivos. Por la tribuna del “Mercantil” pasaron el Dr. don Juan Bosch Millares, don Luis Benítez Inglott, “Jordé”, don Sebastián M. de la Nuez Caballero, don José Mesa y López, don Alfonso Armas Ayala, don Felipe de la Nuez, don Eduardo Benítez Inglott, don Simón Benítez Padilla y por último don Guillermo Camacho Pérez Galdós, piedras humanas de las que únicamente cinco se mantienen aún en pie.

De todo lo que se pierde, de todo lo que se deshace y arrumba en este avatar de la antigua y emprendedora Sociedad, su elegía ha sido ya entonada. Pero hay un ser, humanamente anecdótico, una vida seria y profun-

damente afectada por este trasiego de paredes y estructuras en liquidación. Un espíritu ingenuo y sencillo, lo sabemos, pero un espíritu al fin. Nos referimos a ese poeta —Conserje del “Círculo Mercantil”— que durante años y años ha venido atento a su pulso, al latido existencial de la centenaria sociedad.

En las horas muertas, en todo vacío de cualquier ocupación, el alma divaga y busca derroteros inéditos por donde discurrir y soñar. El libro nunca escrito, los poemas emborronados, los autógrafos recibidos y archivados, las ilusiones de alzar un gran monumento, una cumbre orquestal, a las ansias acariciadas, se han quedado sin techo y como a la intemperie. ¿Dónde, a partir de ese naufragio, de esa pérdida y ausencia de los amados lares del Mercantil, proseguirá Federico Carbajo alzando esa montaña?

Octubre, 24

DON MANUEL NARANJO SANCHEZ,
PREPARADOR DEL MUSEO CANARIO

Para los que ya hemos rebasado el medio siglo, la figura de don Manuel Naranjo, enfundado, de enero a enero, en su terno oscuro, entrando o saliendo del Museo y siempre con su bonachona sonrisa, es casi inolvidable. Subía por la calle del Dr. Chil, doblaba a la izquierda y penetraba en el austero caserón del Museo, donde le esperaban las momias de los guanches, pájaros, peces y mariposas embalsamados y unas graves vitrinas con las piedras míticas de nuestra vulcanología.

Era don Manuel una institución, una figura popular; con su porte serio y sencillo y aquella bonhomía que de siempre le distinguió. Decir Museo Canario y decir don Manuel Naranjo, era decir la misma cosa.

Por el año 1900 o tal vez antes, entró en los quehaceres del Museo y en él convivió con los hermanos don Teófilo y don Amaranto Martínez de Escobar. Su cargo de Preparador le hizo asistir también a las investigaciones del Dr. Chil —cuya testamentaría es, si no la única, la principal fuente económica que sostiene al Museo— y a las muy minuciosas y científicas del Dr. Verneau.

La revista “El Museo Canario”, de abril-junio de 1944, decía de Naranjo, entre otras cosas: “Más que una desmedida afición a las Ciencias Naturales, un inmedible cariño a EL MUSEO CANARIO hizo de don Manuel Naranjo una verdadera autoridad en aquellas importantes disciplinas; acrecentado todo ello por un celo ejemplar y una lealtad acrisolada. Pudo, por todo eso, ser auxiliar valioso en sus grandes tareas de investigación, estudio y clasificación, de los eminentes doctores Verneau, Fernández Navarro, Wölfer y otros, además de constituirlo de dilatada práctica y constantes estudios en autorizado catalogador de distintas valiosas colecciones de nuestro Museo”.

De la historia del Museo Canario no puede desgajarse el nombre y la memoria de don Manuel. Vivió casi de por vida consagrado a su servicio. Funcionario modelo y gran canario ejemplar, dio su último aliento en el año 1940, por lo que se cumplen ahora veintinueve de su óbito. Su personalidad fue la de ese hombre sencillo, cordial e infatigable para el que la gloria y

su recompensa no pasan del simple “deber cumplido”. Como profesor de Historia Natural del Colegio de San Agustín y del Instituto Nacional de Enseñanza Media, también dejó su huella. Fue, por sobre todo, un gran canario que sirvió a la ciencia y a su tierra con entereza y pulcritud.

Octubre, 27

LOS LAURELES DE LA PLAZA DE SAN BERNARDO

Ahora, con el derribo del caserón del Círculo Mercantil —“renovarse o morir”, que dijera D’Annunzio—, fijemos la atención en los viejos y aun en los nuevos laureles de la Plaza de San Bernardo. Los primeros, cubiertos de polvo y telarañas y repletos de pájaros, fueron, a más de sombrilla en los fuertes días de sol, testigos de festivales y saraos en la antigua Sociedad y cobijaron, bajo su tupido ramaje, a enganalados quitrines y tartanas. Pero a los segundos, como más joven-citos, no les alcanza esa gloria.

Estaba al final de la Plaza de San Bernardo, si mal no recordamos, el Hotel Quiney’s, título pomposo que ahora no resultaría nada frente al de los Complejos H.U.S.A. (Hoteles Unidos) —el Santa Catalina, por ejemplo—, rodeados de amplios jardines, piscinas y campos de tenis, etc. Sólo que el Quiney’s, por aquello de estar ubicado en el corazón de Las Palmas, codo con codo con casas desde cuyos barandales, terrazas y bal-

cones se “golisniaba” la entrada y salida de aquellas estrambóticas inglesas de a principios de siglo, dábale a la Plaza de San Bernardo —hoy una plaza más—, por aquel entonces atascada de tiendas, coches, lacayos y humos, una, en cierto modo, acusada notoriedad.

Mas, la verdadera importancia concediósele Claudio de la Torre, al escribir su novela “Alicia al pie de los laureles”. Fue en la Plaza de San Bernardo —desde alguna de sus buhardillas y bajo un sol y un azul maravillosos—, donde el fino escritor forjara el ambiente, el paisaje y la vida de sus personajes. El viejo Consignatario y la dulce y misteriosa Alicia, por la que nuestro hombre suspirara, nuevo Romeo, como por algo inalcanzado, hasta el fin de sus días.

La poesía, a través del tiempo, encontrándose con las cosas.

Octubre, 28

JUAN MEDINA MIRANDA

En Juan Medina Miranda se encierra un gran corazón de poeta. Lo ha sido —poeta— de toda la vida. Vive en él la poesía, quiera que no. Y vive porque la siente, y la hace, y la goza, y la sufre. Qué más es un poeta que todo eso. Con una gran carga ya de vida a cuestas —y ello supone una riqueza lírica extraordinaria—, Juan Medina Miranda es cada vez más poeta, más romántico, más lúcido y soñador. Cuánta vivencia

y cuánta canción, hoy, en sus soledades, en las estancias de su corazón. Pero junto a su tristeza hay un rosicler de luz, una alegría sana y conformada. Se ríe de sí mismo y llora por los demás y por lo demás: el tiempo irregresable, las vidas separadas, los sueños frustrados, el presentimiento de lo fatal e inevitable.

*“Lento transcurso de horas en esta peña atlántica,
soñando el mismo sueño que tanto hemos soñado.
En esta roca muere mi estéril juventud,
tejiendo la mortaja del ideal truncado”.*

Un poeta romántico o, mejor, modernista. Regó su poesía al pie de los rosales de Tomás Morales, Salvador Rueda y Rubén Darío. Con Alonso Quesada, Fernando González, Saulo y Pedro Perdomo, escanció sus versos en una época en que la cadencia en el verso era indispensable. Pero en Medina —artífice de alejandrinos— la sujeción a la métrica y a la rima fue mucho más rigurosa.

Medina Miranda colaboró en revistas del rango de “Florilegio” o de “Castalia” y en la página literaria de “El Mundo”, de la Habana. Su paso por la imprenta —fue un aventajado y moroso “cajista”— le volcó sobre la obra impresa, especialmente sobre los opúsculos y cuadernos de arte, amén de los diarios y de sus páginas poéticas, creando en él una conciencia literaria apasionada. Tiene mucho escrito, en borradores manuscritos —su musa huye de la máquina de escribir—, pero su obra, bastante dispersa, está aún inédita.

La versificación moderna, descoyuntada e inarmónica, cargada de prosaísmo y de “problemática” de nubes abajo, no va con su formación y el mundo que arrastra. Se duele de ver que se escriba así.

¿Se decidirá, según nos anuncia Fernando González, a recoger en uno o dos volúmenes los versos sueltos, a punto de dispersarse, que tiene por ahí?

Octubre, 30

NOVIEMBRE

TERTULIA DEL AÑO 1920

Que hoy pueda o no haber tertulia, es cosa que, dentro de la prisa con que se vive, tiene su explicación. Pero saber que la hubo, y conocerla —tal como fue—, acaso sea interesante.

La ciudad tuvo tertulias famosas, como aquella de “la botica de las cadenas”, a la que acudían el Dr. Chil, don Domingo J. Navarro, don Luis y don Agustín Millares Cubas y otros tertuliantes más de la época. Hubo también la del Casino, alongada sobre la fuente y busto de Cairasco, presidida por don Carlos Navarro Ruiz y nutrida con la presencia realzante de don Rafael Ramírez Doreste, Tomás Morales, Luis Doreste Silva... Pero estas eran tertulias próceres donde los temas de la ciudad, de la ciencia y el arte —la división de la provincia, la grandeza y auge del puerto—, cobraban capital importancia. A diferencia de las demás reuniones o corrillos donde el fluir de la vida —el nuevo funcionario que llegaba, el baile de máscaras, los Carnavales o las ocurrencias y trapisondas de Fulanito—, servían de hilo a la cometa de la conversación.

En la tertulia se conocían y trataban los hombres. Conocerse es acercarse, comprenderse, justificarse; tener una idea de uno mismo y de los demás. Se cambian pareceres y pensamientos; se abordan y orillan discrepancias y aun enconos; se convive, y eso es lo importante. Un alto en el camino, una reparación de la diaria fatiga, un breve o dilatado alivio. El hombre se vertía, se salía de dentro, hablaba o escuchaba; no era ese hombre introvertido, apresurado, casi manicomiable de hoy. El triste hombre, cargado de técnica y de progreso, pero tremendamente desdichado, del tiempo que vivimos.

Aquella tertulia de la Plaza de los Patos. Por ella recalaban, alimentándola, desde Tomás Morales, "Fray Lesco", "Jordé" y don Eduardo Benítez, don Jesús Massa y don Manuel Mascareñas, don Rafael Ramírez Doreste, don Pedro S. Padilla y don Juan Carló, hasta los "muchachos" de entonces. Los muchachos que, aunque discrepantes, éramos respetuosos con los mayores. Oíamos y aprendíamos. Nuestra juventud no se lesionaba por ello; antes al contrario, se nutría de las esencias derramadas de aquellas nobles vidas y existencias. Eramos, sí, respetuosos.

¡Tertulia de los años 20 al 30! Víctor Doreste acaba de evocarla, con emoción, en sus "Narraciones". Era el Agora de la ciudad. Lo mejor y más representativo de nuestro arte se congregaba en ella. Todo lo vivo y palpitante, del ayer y del presente, tenía su latido y su expresión en la presencia, testimonio y palabra de aquellos hombres.

Tertulia que ya no existe. Tertulia de los románticos cafés de entonces.

LA FUENTE DE COLACHO MASSIEU

Hoy quisimos escalar un poco la montaña. Alcanzar hoy la montaña cuesta su poco de trabajo, porque las lomas y las llanuras del poniente son ya parte de la ciudad misma —o la ciudad misma— y hay que alejarse un poco. Para llegar a la montaña, casi es necesario caminar hasta San Lorenzo, el Rincón o el barranco de La Ballena. La naturaleza, libre o selvática, se ha ido poco a poco alejando, tragada por calles y calzadas, luces de neón, antenas de televisión, por el caserío, en fin, que alberga o cobija al hombre.

Hemos hecho un alto para tender la mirada por las tierras, húmedas y grises en esta mañana otoñal, de las lejanías. Por entre las nubes destacan los muros verdes o blanquiazules de la naturaleza. De vez en vez se filtra también algún furtivo rayo de sol. Descansamos al pie de este estanque circular, flanqueado por cuatro perros inmóviles, que, a mitad de calzada, quiebra la recta de la Avenida de Escaleritas. Es la fuente de piedra, con su gran plato, de Colacho Massieu. Fuente, decimos, porque nos imaginamos el agua, con sus pececillos y sus flotantes plantas acuática, y el visiteo, sobre todo en los cálidos estíos, de los pájaros de los contornos. Y mientras miramos el grisáceo y lejano paisaje, salpicado de manchas verdes, de cimas azules y la borrosa silueta de los pinos imaginados, recordamos al pintor, gran amigo del sol y de la lluvia, de las veredas y de los caminos, del perro y del hombre, del sueño y de la soledad. Acierto, y grande, bautizar esta fuente con el nombre de nuestro

gran colorista, gran señor y gran canario. ¡Colacho Massieu!

Algunas tardes subía hasta estos descampados, en la compañía de un hermoso perro perdiguero, y se perdía entre barrancos y horizontes, camina que te camina, entre aulagas, calandrias y lagartos, en medio de la brisa, mirando la isla interminable y el mar plácido y lejano. Había dejado su pipa y sus pinceles, cerrada la gran vidriera de su estudio de pintor, y sus paisajes, flores y bodegones, de cara a la pared, para buscar la libertad y la luz de los horizontes. Y allá al sol puesto, como cuando se regresa de un lejano viaje o de una cacería, se le veía descender, su perro al lado, alegres sus infantiles y azules ojos, feliz de aquel encuentro con el campo, la soledad y la alegría.

Antes de volver, nos hemos aproximado a la fuente y... la vemos vacía. Peor que vacía: casi colmada de los pedruscos y despojos que la mano del hombre y el tiempo han ido vaciando en ella. Hemos cerrado los ojos y apretado el sentimiento para no creerlo. Y nos hemos puesto a caminar de nuevo.

Noviembre, 5

OUSMANE

Un día, Ousmane, llegó a la isla, desde su lejana tierra: El Senegal. Vino formando parte o coincidiendo con la arribada de un grupo de baile integrado por gentes de color y denominado "Ballet Occidental Afri-

cano". En el "Pérez Galdós" exhibieron sus danzas, ritmos y exorcismos, la plástica ancestral de unos mitos y leyendas poco menos que de "Las Mil y Una Noches". Ousmane trabó amistad con nosotros y vino a nuestra casa. Y cuando el vendaval empujó más allá de la isla a los componentes del ballet, él se quedó en la Gran Canaria, prendado de su bondad y su hechizo.

Llevaba dentro un espíritu sutil y aventurero. Su cultura era rudimentaria, pero poseía un don de asimilación y unas intuiciones extraordinarias. Púsose a trabajar en lo que consiguió: una fábrica de muebles de forja. Venía de vez en cuando a visitarnos. Habíanos pedido permiso para que las cartas de su madre le viniesen dirigidas a nuestra casa. Era como un niño. Con una gran alma y una maravillosa lucidez bajo su ligera tez morena.

Un día se cansó y se marchó a Inglaterra. Sabía casi el español y le aguijoneaba el deseo de conocer el mundo. Dejaba, cada vez más lejos, a sus dioses tutelares, a la inmensa y misteriosa Africa, atraído por la belleza y los encantos del mundo blanco.

Las cartas de su madre dejaron de llegar y Ousmane se había ido lejos. ¿Qué sería de él?

Hoy nos ha llegado la primera misiva suya, después de su partida. Todos los de casa la hemos leído. Dice, textualmente, así:

"París, 27-10-65.—Querida M. amiga mía. Perdóname de no poder escribirte como yo lo quería. Ahora aprovecho de estos momentos para darte las noticias mías.

"Estoy en París desde el día 8 de setiembre y gano dinero, pero la vida en París corre muy deprisa,

el frío es muy malo. Cuando tú me contestes póngame la Dirección de N. en Madrid. Dime también cómo fue la cosa de tu hermano J. Un abrazo a tu querido padre y tu madre.—Ousmane”.

Mi mujer, mi hija Mary y yo nos hemos sentado a la mesa con una alegría un poco triste.

ADIOS A UN AMIGO

Noviembre nos ha traído un recuerdo doloroso: el del cuarenta aniversario de la muerte del poeta Alonso Quesada.

En la tarde del día cuatro hubo acto de presencia frente a su nicho. Flores y silencios deshojados. Familiares, poetas y amigos mantuvimos, mientras caía la lluvia, aquel coloquio en la Sombra, que el poeta recordado apuró hasta las heces en los más hondos silencios de su mundo interior. Y hasta la del “Amigo Manso”, “Gil Arribato” y tantas otras sombras más, ciñeron con dulce desvelo el recuerdo de quien les diera vida y perennidad en sus “Crónicas de la Ciudad y de la Noche”. Y noche era ya cuando los devotos abandonaban el rincón de la inacabable soledad para volverse a los agitados caminos del mundo.

Pero noviembre, a más de habernos traído la luz de ese recuerdo, nos ha dejado otro amargor: el de la partida inesperada de un amigo. Pedro J. Barber Ortega —familiar y amicalmente Perico Barber— ha entrado en el umbral de la gran noche en la última madrugada de este lluvioso y patético mes. Ley de

vida, que corta la luz y las esperanzas, pero que, con serlo, no amortigua la tristeza de la separación.

Pedro Barber era un hombre cordial, sencillo, más bien humilde, amigo de la tertulia. En ella hacía escala casi todos los mediodías. Llegaba con su paso tardo, sus ojillos vivaces, esbozaba una sonrisa, algo ausente a veces. Decía pocas palabras. Oía y asentía o apuntaba alguna discrepancia. Luego se iba a sus cosas o asuntos. Nunca faltaba, con los restantes amigos, a la ceremonia de “los lunes de San Nicolás”. Su talante era siempre amable y comprensivo. No parecía interesarle gran cosa el arte, pero sí el culto de la amistad.

Sus 55 años han caído abatidos por el gran golpe y cuando mayores eran su optimismo y sus deseos de vivir. Emprendedor de afanes y cultivador de afectos, la tertulia le cuenta, dolorosamente, entre sus desaparecidos: Miguel Padilla, Vicente Mujica, el maestro Gerardo de Atienza... Uno más perdido para la diaria, entrañable convivencia.

Noviembre, 7

UNA ROSA

La mujer alongó su rostro por encima de la valla y me soltó a bocajarro:

—Caballero, por favor, déme aquella rosa.

—¿Qué rosa? —le repliqué algo atolondrado, tratando de reponerme de la sorpresa.

Tratábase de una mujer algo entrada en años, no mal parecida y enlutada. Se había asomado a la valla y desde allí señalaba, con sus manos delgadas y anhelantes, en tanto repetía:

—Caballero, por favor, déme aquella rosa.

Hay en nuestro jardinillo hasta unos doce o quince rosales; pero estamos en otoño y están ya casi todos pelados. Sus hojas se han ido cayendo y hasta febrero no echarán nuevos botones.

Miré y vi, sí, un rosal con sólo una rosa color fuego. Como la mujer no se iba, díjele:

—Se la daré.

Fuíme a buscar las tijeras de podar. Mientras volvía, caí en la cuenta de que estábamos en la víspera del día de Finados.

Dolor, recuerdo y honra de los difuntos. Le di la rosa, y, al cogerla, observé que traía un ramo con unas pocas más, de diversos colores. No llegaban a siete y, en consecuencia, deseché el pensamiento de las crónicas que viene publicando nuestro amigo Luis Jorge.

No pasaban de cinco. Con la que yo le daba, contaba con la media docena. Para dejarlas sobre la tierra de un ser amado.

JOSE MATEO DIAZ

Aquellos eran tiempos de juventud. No es que hayan pasado muchos años, pero sí los suficientes para que veamos las cosas con pretérita perspectiva. El entusiasmo era entonces un entusiasmo nuevo, hermoso,

viril. Movía e impulsaba nuestros íntimos resortes. Junto a los más aventajados en años y en saber — quizá a una prudente y respetuosa distancia— íbamos hilando nuestro futuro quehacer. Pensando, soñando, anhelando cotas, caminos y azares desconocidos.

Fue cuando apareció José Mateo Díaz con aquel libro suyo —“Poesía para niños”— en el que recogía y brindaba lo mejor y más tierno de toda la poesía escrita para la criatura aún sin lastre ni pecado y con un encantador y mágico mundo por delante. Hizo Pepe Mateo la selección muy morosamente. Con primor de maestro que sabe ordenar y alzar una torre, abrir un panorama, marginar un camino, el poeta ofreció —al niño, claro— el mejor y más enternecedor regalo.

José Mateo Díaz ha dejado en la Prensa, sin aspaviento pero con eficiencia y constancia, un reguero de artículos sobre diversos temas y estímulos. El paisaje de la isla, su riqueza folklórica, sus recursos económicos —el agro, el agua, el turismo—, toda una gama, en fin, de preocupaciones estudiadas y enfrentadas con el mayor de los amores y un consciente conocimiento. Pluma de aradas espaciosas, pero fecundas y apasionadas. Aun hoy, en que vive apartado del escarceo literario activo, sigue escribiendo poesía —guarda, celoso, unos magníficos sonetos— y de vez en vez se asoma a las columnas de los periódicos. Ha colaborado en ABC de Madrid y muy recientemente publicó en un diario local una alabanza póstuma a un gran iniciador y benefactor de nuestro agro: don José Samsó Henríquez.

Una pequeña tertulia —que él anima a ratos (por razón de su actividad) con su presencia—, permite verle

en La Plazuela, bajo el alto y ramoso ficus y casi al borde de la fuentequilla, donde unos azulejos verdes y unas rampas de césped reciben la caricia de un surtidor enano. En ella, Pedro Perdomo Acedo, Juan Velázquez, Manuel Hernández Suárez, Agustín de la Hoz, Luis Jorge Ramírez... La hora del pasar, del aperitivo y del cotilleo. Y, también allí, sólo que de pie y ocasionalmente, Pepe Mateo Díaz, sonreidor y afable, con su huesosa corpulencia y sus definitorias y juiciosas palabras. Tertulia al aire libre, junto a la fuente que “ni mana ni corre”, en los días que la ciudad y sus poetas vamos viviendo.

Noviembre, 11

UNA PINCELADA

No se imaginan ustedes el trabajo que nos costó poder entrar y sentarnos. Gracias a que alguien se levantó y dejó su mesa vacía. Aquello estaba lleno de gente. Aquí y allá, sentados o de pie y a todo lo largo y redondo de la “barra”, hombres y mujeres, bebiendo y devorando “tapas” —rebosados, ensaladilla rusa, papas arrugadas, succulentas lascas de jamón—, que era digno de vere. El amigo Evaristo, con sus ojillos semiabiertos, desde su puente de jamones —su puesto de mando—, miraba y sonreía.

Tampoco nosotros dejábamos de hacer lo nuestro. Una vez acomodados pedimos cerveza y calamares fritos, pan bizcochado y algo de queso manchego, menos Federico Sarmiento que, sin renunciar al queso, prefirió

café con leche. Fue cuando don Baltasar Espinosa, tras de encender su cachimba, intentó, sin éxito, leer su periódico. Impedíanselo codazos y empujones. Pero él seguía, impertérrito, la lectura sin apenas enterarse. Domingo Velázquez quiso hablar de poesía, pero Agustín Conchs se le atravesó con unos chistes en un castellano con acentos de la tierra de Maragall.

Víctor Doreste se deshacía las solapas en sus intentos de decirnos algo de su "Faycán", amenazando con marcharse si no se le dejaba hablar, a lo que se opuso Sarmiento, porque tenía algo que contarnos de la Portadilla de San José.

—Venga, venga ese "cafenito", —gesticulaba Federico, en tanto tomaba resuello para lo que nos iba a decir.

Aquello, señores, era un guirigay. Yo miraba y mi asombro no tenía límites. En cosa de nada, desaparecían jamones y ensaladillas, grandes "bocks" de cerveza y algún vaso de vino herreño, el mero a la plancha y los pimientos rellenos. ¡Qué apetito y qué unánime convivencia, Dios mío! Si el mundo fuera siempre así sería una maravilla.

Por fin, Víctor pudo tomar la palabra. Los demás bebíamos y escuchábamos.

—Desengañense. El "Faycán" y el "Quijote" son las dos obras más grandes que se han escrito. Y no es que lo diga Víctor Doreste...

Don Baltasar suspendió la lectura, aguzó el oído y sonrió. Doreste, alto y flaco, entusiasmado y lúcido, la cogió ahora con Leonardo de Vinci.

Prima noche en el bar de Evaristo. Tenedores y palillos, vasos y copas, risas y voces, hombres y mujeres,

jóvenes y viejos, cuerdos y locos, todos en acordado y perfecto concierto. Afuera, un río de gente yendo y viniendo, cruzándose y empujándose, por aquel pequeño trozo de puente de la abierta puerta. De súbito, el rostro cetrino y chupado de Alejito, arrimado al umbral y echando unos tacos por la boca, y, al instante, Andrés “El Ratón”, con su carga de chaquetas, su largo levitón cargado de medallas y sus enormes y deformes pies descalzos. Y rematando el cuadro, el guardia de la capa blanca, corriendo como una exhalación detrás de un taxi que, por lo visto, había quebrantado el Reglamento.

Tan rápido y deslumbrante todo, que, Evaristo —cerebro electrónico y director de orquesta de aquella “mise en scène”—, apenas si tuvo tiempo para zafar sus ojillos de aquella especie de cena de Pantagruel y fijarlos, entre pícaros y regocijados, en la película de la calle.

Noviembre, 13

LUNA LLENA

Incomparable Luna llena en la noche de este diez de noviembre. La contemplo extasiado. Pese a su realidad pareceme algo fantasmagórico, entresoñado. La representación, en el escenario del cielo, de un eterno auto sacramental.

Emerge desnuda, redonda, plena, rodeada de un dorado y macilento halo de luz. Moneda de no se sabe

qué reinos consumidos, qué imperios trasuntados. Dicen que cuando sale así es que barrunta lluvia. Todo el cielo es un inmenso camino blanco, abierto a todos los horizontes y silencios para que la Luna transite, solitaria, por él.

Hombre, ¿qué piensas si te detienes a mirar el milagro de la Luna? ¿Qué si contemplas la armonía, la realidad de cuanto te rodea, tu propio pensamiento? Pensarás en la lluvia, en la sangre que te riega, en la esperanza que abrigas contra ti como a una flor débil, en las cosas que has ido construyendo y madurando y se te han ido derrumbando y deshaciendo sobre el polvo del camino. Pensarás que eres tú, el hombre, el centro de todo, o lo único. Y no hay nada de eso. Ante el milagro de la Luna, ante el pequeño universo de la gota de agua, ante tu propia soledad y el desamparo de tu pensamiento, piensa que apenas somos nada. O, si quieres, una hoja, una brizna, un acorde, un gemido más en el drama del mundo.

Todo es, pasa, como algo ajeno a nuestro corazón. Y nuestro corazón integra la infinita canción de la tierra y del cielo, una voz más, desgarrante y patética, en el coro de lo creado.

Sea mi corazón como una luna llena en la noche cerrada de la desesperanza.

Noviembre, 19

JESUS ORAMAS, PINTOR OROTAVENSE

También con barba, una fluida y bien rizada barba, y con un bombín de aquellos de época, ahí lo tienen

ustedes, enseñándole (en el cliché) no sabemos qué al pintor de Cadaqués.

Su apellido: Oramas, nos ha hecho recordar a aquel excelente colorista —Jorge Oramas—, muerto en plena juventud, aprendiz de pintor y pintor ya en la escuela “Luján”, hace ya algunos años. Se lo decimos a Jesús y se regocija de que en la historia de la pintura canaria haya habido antes otro Oramas. El paso del malogrado Jorge Oramas por la pintura fue meteórico, ya que murió a los veinte y tantos años, bajo el cielo de Gran Canaria y en una triste sala de hospital... Había nacido en la solitaria y pacífica Fuerteventura.

Jesús, este que vemos aquí con Dalí, nació en la Orotava, al pie del níveo y fabuloso Teide. Pese al verde esmeralda de la bella campiña nativa, no le tentó el paisaje, sino lo surrealista. Nos ha enseñado su historial pictórico y toda la crítica que le han hecho, especialmente la extranjera.

Acaba de llegar de París y alguien lo ha hecho llegar hasta la tienda —y la tertulia meridiana— de Antonio Izquierdo. Antes había estado en Holanda, Dinamarca, Suecia, Bélgica y Alemania, haciendo exposiciones individuales, con buena crítica. Le acompaña su mujer, creo que una excelente holandesa.

Su propósito es estar varios días en nuestra isla, tomar algunos apuntes y realizar algunas obras con vistas a una exposición. Jesús Oramas es surrealista (moderno), siendo sus temas el urbano, el religioso y los motivos hogareños. Del 4 al 20 de enero próximo es muy probable que veamos una exposición suya en Galería Wiot.

Lo último que nos dice Jesús Oramas, dejando caer sus palabras de sus oscuras y resbaladizas barbas, es que quiere y admira en lo que vale a nuestro sancristobalísimo Julio Viera.

Noviembre, 20

VICTOR DORESTE

Víctor Doreste se encuentra enfermo. Se encuentra, mejor dicho, en una clínica en plan de reposo y curación. Le afectan molestias persistentes que le amargan la existencia. Víctor es sufrido, lo soporta todo, pero duélese de que Dios le haya deparado estas incomodidades.

En sus horas de soledad, sobre su cama, mirando el techo o mirando su interior; cerradas sus pupilas o muy abiertas a lejanos y doloridos paisajes —aquel amor truncado, aquella aventura malograda, aquel retorno, como un Quijote triste y vapuleado—, Víctor revive su tiempo mejor, aquel de que se doliera Manrique —“mejor por pasado”—. Evoca sus años de juventud en aquella Alemania, sus andanzas con Pascasio Trujillo, sus correrías con Félix Delgado o con Juan Ismael, todo un ayer que se le acumula y aflora en el alma en esos instantes de honda introspección.

Le hemos ido a ver y se lamenta de que “el mundo le ha dejado solo”. Se queja de no sabe qué mal. Ha ido enflaqueciendo y afiebrándosele los ojos. Estoy —nos dice— hecho un guiñapo. Los médicos no saben

nada. Pero hay uno, mi único Dios en la tierra: don Rafael Caballero... Sólo él me alumbra las escasas ganas que me quedan de vivir.

Hoy nos ha preguntado por todos los amigos. En particular por Antonio Izquierdo, Federico Sarmiento y Domingo Velázquez. Sueña con levantarse pronto y volver a sus dominios de la Plaza de Mercado, la calle de San Pedro, el mar y la honda y suspirante guitarra. ¡Vivir! ¡Vivir!

Noviembre, 23

DOS LAURELES

Hay en el cruce de las calles de García Castrillo, Wagner y Funchal dos plazoletas enfrentadas y gemelas, que son como vértices o remates de las edificaciones terminales. Por lo visto, la configuración de los solares, por su terminación en punta, no daba para más y el Ayuntamiento convirtió aquellos sobrantes en pequeños jardinillos y, a la vez, en urbanos respiraderos.

Los dos proyectos —son casi similares y forman un conjunto armónico— fueron trazados, si mal no recordamos, por el arquitecto don Miguel Martín Fernández de la Torre. La sobriedad de líneas y los motivos ornamentales —sencillos dentro de su elegancia— hablan de la tónica y estilo arquitecturales de este maestro del buen gusto de la construcción. No en vano, por las venas de don Miguel corre la sangre de un artista inolvidable del pincel: Néstor, el gran artífice

del color y del barroco, el Tomás Morales, en la lírica de la pintura, de la moderna sinfonía pictórica.

En ambas plazoletas fueron plantados, a su tiempo, dos laureles de Indias. Los años transcurridos (creo que unos diez) han hecho crecer a estos ejemplares y hoy lucen sus ramas de verde perenne y de hojas persistentes, que es un primor. Ni aun el otoño, que todo lo amarillea y deshoja, ha podido con ellos. Tal guardianes permanentes de ambas plazoletas, se yerguen, día y noche, bajo el sol o la luna, los vientos o la lluvia, entonando su dulce rumor.

De sus ramas suelen remarse los niños de los colegios y guarecerse, si hay lluvia, los caminantes. Pero lo que más encanta de estos dos laureles es contemplar a las parejas de enamorados que se acojen a su cobijo o hacen puerto bajo su cielo de hojas para contarse sus cuitas o recitarse, en silencio, sus amores. Un poema ni épico ni romántico, ni nuevo ni viejo, ni abstracto ni en verso blanco, porque es el de todas las rimas y los siglos, de todas las escuelas y arrobamientos.

Noviembre, 25

EVOCACION DE JORGE ORAMAS

Y aquella tarde también, mirando a las laderas de la ciudad —concretamente a la de Pambaso (el sol había traspuesto y las luces comenzaban a encenderse)—, nos preguntó Díaz Cutillas:

—¿Y ese paisaje, no lo pintó hermosamente Jorge Oramas?

Claro que lo pintó. Desde una sala del Hospital de San Martín a la que se asomaba ávido de sol y de vivir y entre cuyas paredes su juventud declinaba minada por cruel enfermedad. Ay, aquella alma intacta, hallaba alivio y esperanza posándose, como un hermoso pájaro, en las próximas lejanías. Qué exuberante todo: el cielo azul, las verdes ramas, la blanca cometa, gaviota de papel, con su polícromo y ondulante rabo; el eco de las voces vivas retumbando en las orillas pobladas en las mañanas sin historia ni nombre, El platanal lindante con el Guiniguada, mínimo bosque verde, brindaba a sus ojos y a su ánimo un hondo y suspirado deseo de vivir. Jorge, en los olvidos de su tos y de su angustia, volcaba el alma y los sentidos en la luz cercana, en los motivos humanos. Y todo se le escapaba, íbasele huyendo, quedándole sólo las noches y los jirones de sus desasimientos.

Decubrió al joven pintor —veinte o veintiún años— Rafael O'Shanahan y lo llevó a la escuela "Luján Pérez". Acababa de descubrir en Oramas un valor de la pintura, un ángel de los colores y de los deslumbramientos. Ingenuo, puro y sencillo como un rayo de sol o una hierba reciente. Desde su sala de enfermo, de arcángel de la inocente verdad, dejó su testimonio pictórico —todavía incipiente—, su anticipado adiós al goce y pervivencia de las cosas. Se fue a la luz inmortal, a la gloria de los inocentes, una madrugada triste, después de haber mirado mucho y llorado bastante, en el silencio del hospital, en el desolado silencio de su esperanza.

DON JUAN SINTES REYES

Jamás lo vi sin sombrero, sin corazón, sin aquella alma limpia pasear por la tierra. Estaba entre los hombres, unido a sus anhelos, a sus mismas angustias, soñando y aguardando, esperando como ellos. Un alba nueva, una ley justa, el reinado de la perfecta armonía. Era, en su apariencia alegre, un triste soñador.

¿Doblaron ese día las campanas, en señal de duelo, o se nos fue, sin advertirlo nadie, a excepción de sus íntimos y de sus deudos, como él lo había pedido?

Con don Juan Sintes Reyes, el popular y simpático abogado, el insular cargado de canarismo hasta los tuétanos, el servicial y sencillo don Juan, se nos acaba de marchar el último de los divisionistas. El, con don Rafael Ramírez y Doreste, don Juan B. Melo, don José Franchy y Roca y otros adalides de la aspiración insular, formaba aquella fila ardorosa de letrados que batalló arduosamente por la partición en dos de nuestra provincia. Patriotas y románticos a la manera de los personajes galdosianos, jugándose todo a cara o cruz en favor de la patria chica. En favor de una independencia administrativa que hoy, precisamente hoy, marca el índice de una vida económica elevada en el Archipiélago.

A la ciudad ha trascendido la noticia, casi silenciosa, de este óbito, y muchos ojos se han humedecido. Don Juan Sintes Reyes era un hombre singular, asequible y honestísimo, siempre a punto de servir a todos. En su casi desaliño personal; en su empaque, figura y hasta en sus particulares devociones —la amistad, la

libertad, el desinterés—, iba un pedazo de nuestra historia local, de nuestra vida y aun de nuestra anécdota más ejemplar.

Don Juan Sintés Reyes, Doctor en Leyes y maestro de humanidad, acaba de dejarnos, a la manera que soñara Machado: “Casi desnudo, como los hijos de la Mar”.

Noviembre, 27

EL OTOÑO NOS DICE ADIOS

Casi de pronto ha dado el tiempo un viraje. De unos días de lluvia benéfica y dulce que han hecho crecer la hierba y correr los arroyos, ha pasado a un áspero y cálido cambio, soplando un aire endemoniado, un aire secante que no deja garganta ni hueso sanos. Se pregunta uno qué es lo que pasa o qué veleidad es ésta. Pero don Antonio Naya, —el hombre del tiempo—, nos dice muy serio que la culpa la tiene el Siroco.

En el muestrario de valores literarios que tiene la ínsula, hay, para fortuna nuestra, un poquito de todo. Ensayistas que escriben y reescriben —porque todo lo hacen muy despacio—, poetas líricos y populares —algunos hasta se autotitulan “del pueblo”—, agudos cronistas y literatos que lo incluyen todo: periodismo, crítica, verso, música y teatro... Pues bien, un género más, y nada despreciable, lo cultiva el amigo Naya,

con cuyas crónicas del tiempo se solaza nuestro espíritu cada mañana.

Mas, ¿es cierto que el Otoño nos abandona?

Gracias, sí, al Siroco, al bochorno que hace, al fatigante aire que nos seca el alma y los pulmones, acaba de salirme, ¡Dios santo!, ese hermoso verso.

Mas, ¿es cierto que el Otoño nos abandona? És obra, sin duda, del influjo benéfico de la prosa del señor Naya, valorativa de la lluvia, de las tormentas, de los plácidos atardeceres, de las isobaras, de la poesía, en fin, de los cielos y de los solsticios.

MANOLO MONTESDEOCA

En su casa de Santo Domingo, en cuya clásica plaza hay un pilar que tuvo agua y ahora está seco, pasa sus horas, temporalmente apartado de su habitual quehacer en Radio Las Palmas, Manolo Montesdeoca García, “Mongar” en los anales de la prensa isleña, un amateur de la canción canaria y valedor de la vernácula lucha. Aquella que practiraoon los “Mandarrias”, Justo Mesa y “El Faro de Maspalomas”. ¡Oh tiempos del terrero a mano y corazón limpios!

De vez en cuando nuestro amigo asoma por la ciudad, pasea su antigua y bonachona sonrisa, saluda y abraza a los amigos, ve el mar, la alta montaña y sueña —tantas singladuras andadas— y vuélvese a su retiro de Santo Domingo, al lado mismo de Sor Brígida Castelló, el tenebroso cobijo de los alienados de San Lázaro, donde oye las campanas y enhebra sus recuerdos,

en los atardeceres con pocos pájaros de su rincón amado.

Allí donde amara a la madre insustituible, la buena y recordable mamá Lola, cuya partida despidiera con una conmovida elegía nuestro don Luis Doreste.

Manolo Montesdeoca nos ha tropezado en las lindes del Puente Nuevo, junto a la imaginaria baranda de los encuentros y de los saludos. Nos ha mostrado un libro que le había enviado, desde Caracas, su amigo el sacerdote don Mariano Hernández Romero, libro con poesías escritas por su amigo, en verso clásico. Y se le ensanchaba el corazón diciéndonos que, el día que lo había recibido, inesperadamente y desde la lejanía, había experimentado un gozo inenarrable.

Noviembre, 30

DICIEMBRE

ANVERSO Y REVERSO

Pepe Castellano ha entrado en el bar El Polo, se ha sentado, ha sacado unos papeles y se ha puesto a escribir. De vez en vez desparrama la mirada en derredor —las gafas, “arrejundías” y canelosas, le resbalan por la nariz—, hace como que mentalmente busca algo y se repliega, Napoleón de Dios sabe qué batalla, en su concentración. Algo le pasa a Monagas, pensamos. Y no le pasa nada. Simplemente, es que se ha puesto a escribir unos versos.

¡Unos versos Pepe Castellano! ¡Se habrá vuelto loco!

Nos acercamos hasta su mesa, donde, bien “escaranchado” libra una guerra sin cuartel con los endecasílabos y las consonantes —sus dedos cuentan, como los de esos vendedores que sacan sus cuentas rayando unos ceros acompañados de unos palotes—, y, mirándonos por encima de las gafas, nos objeta muy tranquilamente:

—Quiero que veas ésto. Lo escribo yo, el humorista canario Pepe Monagas. ¿Qué se creen ustedes?

Su cara de pandero, ahora con una risa y una alegría que la desbordan, espera nuestra respuesta.

—El corazón está por dentro —dícenos— y la risa por fuera. Yo soy “ansina”. Subraya el “ansina” para acanariar, “abardagar” el vocablo.

—Mi corazón está por dentro. Es mi anverso. Hago lo otro —intento soñar— cuando me desdoble. Pepe Castellano no es lo que aparenta. Ni Charlot, ni Cantinflas tampoco. Vertido este pensamiento, que se saca de una faltriquera muy honda, se infla un poco y se queda con una cara de profesor que espanta.

Castellano, intérprete, mil veces, del personaje canario creado por el inolvidable Pancho Guerra, tiene estos arranques. Nos ha regalado cien veces esa porción de felicidad que florece en la gracia del cómico. Ahora ha grabado unos discos narrativos, a cuya ventana aparece con “campurria” humanidad, su típico cachorro, sus bigotes enroscados, faja o ceñidor conteniéndole su prominente barriga y su envainado cuchillo a la cintura. Contando “isleñadas”, haciendo gracia, viviendo y muriendo, en una palabra.

—Espera que le ponga el sombrero. ¡Ya se lo “jinqué”!: “Semblanza”. Muy sentimental.

Unos árabes que acaban de entrar arman un zafarrancho con su jerga en un rincón casi pegado al nuestro. Pero Pepe, impertérrito y conmovido, arranca con su poema como un juglar de antaño:

*“Amarga vida la por mí vivida.
Nadie me cree. No ven en mi dolor
de tener que brindarles alegría fingida
ocultando a mi vez el otro yo.*

*Basándose en la farsa que presento
me toman por modelo de optimismo,
sin alcanzar la pena que yo siento
al verme inmerso en un profundo abismo.
Como a todos les brinda la alegría,
no comprenden que pueda yo sufrir;
no pueden calibrar la pena mía.
Buscan en mí el hacerles reír
sin ver que el alma tengo dolorida
al tener que fingir”.*

Lo que no soñó Pancho Guerra es que, andando el tiempo, el popular personaje de sus cuentos se sacaría del corazón esa, mal versificada, pero humanísima poesía.

Diciembre, 1

CARLOS MEDINA DE MATOS

Carlos Medina de Matos se traslada casi a diario desde Arucas para venir a la tertulia. Lo que no tiene es parada fija. Por temporadas suele vérselo tomando el sol o su buen café a la puerta de algún bar en Bravo Murillo, o cuando no, formando rueda en la de la Plazuela, donde el poeta Pedro Perdomo —ave breve, pero vuelo alto— ejerce su capitanía. Si es en los días calurosos, cuando el aire hierve y derrite los lunares de plata de las pencas de la cochinilla y recalca, por tanto, de los aruquenses estíos, don Carlos se libera de la chaqueta, deja al aire los “tiros” que le sujetan

sus pantalones y se sienta con los amigos para conversar de todo un poco.

El tiempo, salvo este rato de las tertulias vespertinas, empléalo muy bien nuestro amigo en achaques literarios, de los que viene aquejado como otrora aquel don Miguel de Cervantes. Lleva ya escritas sus buenas cuatro o cinco novelas, si no ejemplares, al menos curiosas y hasta edificantes. A más, ha compuesto unas “Noticias Históricas de la Ciudad de Arucas” —en las que sirve de leit motiv unas veces el amor y otras el tema de los negreros— que ya quisieran para sí muchos superabundosos y exhaustivos hurgadores de historias.

Don Carlos ha adornado sus novelas o relatos con títulos tan llamativos y comprometidos como los siguientes: “Nos enamoramos sin conocernos bien”, “Los Negreros en las Islas Canarias”, “Diego Almeida el Negrero llegó de Cádiz” y “Me enamoré en el Gran Hotel Parque”. Como se ve, la primera y última tienen como pivote el amor, en tanto que las intermedias son novelas, como se dice ahora, de “denuncia”.

Los personajes de las novelas de don Carlos que no son de amor, son siempre los mismos y los acciona una misma, monótona e isócrona cuerda. Hablan todos sentados, uno a uno, contándose su historia, la misma pero desigual y variada historia. En suma, unos personajes deliciosos.

Medina de Matos es la bondad y la pureza en persona. Conoce al dedillo la historia de España de los dos últimos siglos. Curioso por todo lo antiguo y antañón, son incontables las horas que se ha pasado rebuscando archivos, escarbando en rancias y amenísimas memorias.

FANTASIA Y PAISAJE

Convidaba la cálida mañana a echarse fuera de la ciudad e irse al campo.

Sin pensarlo mucho, enfilamos la carretera y nos dirigimos al Monte. En la isla, el monte, por antonomasia, es el Monte Lentiscal. Ibamos María Victoria, Antonio Cabrera, la hermana de éste, Guillermina, Domingo Velázquez, mi hija Mary y yo. A medida que subíamos, dejando atrás Pico Viento y Medio Pañuelo, el aire se hacía menos seco y el paisaje más transparente. Tomamos la carretera de Bandama, con curvas y rincones en los que predominan, sobre el fondo verde y negro, altas y airosas palmeras.

Hacemos un alto junto a una rústica casita montañera guardada por un perro. Un perro atado a una cadena y que nos enseña los dientes apenas nos encara. Jamás me han hecho gracia estos guardadores, un tanto traicioneros, que, en un santiamén, se disparan a todo lo largo de la estratégica cadena y le sueltan a uno su buena dentellada. No sin precaución entramos por un camino semi-privado, siempre atentos al perro, y nos aproximamos a unos terrenos en declive desde los que se divisa un hermoso y vario panorama: las casitas blancas, verdes y algunas azules, del Monte y de Tafira Baja, las jorobas grises de las Isletas, taludes de picón y vides, los caseríos de Marzagán y Jinámar y las cumbres clarísimas de la isla.

A dos pasos, la mansión de don Ignacio Pérez Galdós y Ciria, en su finca de "Los Lirios". Un caballero grancanario, por su sangre prócer y su carácter.

Sobre una alfombra de lava, los parrales pelados, abocados a la primavera, entre retamas, mayos y “mas-trantos”.

Coronando la cima, una vieja cruz que se recorta en el cielo. Váse nuestro pensamiento lejos. ¿Cuántas veces, desde estas soledades, desde estos caminos, con sol y con viento, con lava y con geranios, con mar y con cielo, pasearía y soñaría don Benito? ¿Y cuántas pisarían estos aires, la negrura de estas lavas casi estelares, en el ejercicio de su libertad y su sentir primitivos, los celosos Doramas y Bentejuís, los Maninídras y las Guayarminas, los pastores y los trasquilados, águilas de la luz de un cielo salvaje?

De nuevo junto al perro. Sólo que le hemos perdido el miedo, porque ahora nos contempla como a amigos y ya no nos amenaza.

Nos vamos en dirección a Jinámar. El paisaje va tornándose áspero, seco. Paramos para tomar un refrigerio en una casita-bar limpia y blanca. Pasamos a un patiecillo donde hay unos gánigos con flores, unas pocas palomas y unas parras que trepan paredes arriba buscando la luz.

Marzagán y Jinámar, separados por un barranco, tienen un aire encantador; un algo que nos recuerda a las tierras de Galilea o de Nazaret. Nada de esta isla de Gran Canaria —decíanos Velázquez— tan parecido a Fuerteventura, como estos parajes, con sus casitas aparradas y sus tapias blancas, perdidas entre higueras y plantíos y en los que me imagino que sus noches serán hondas y estrelladas y profundamente silenciosas como las de Casillas del Angel o las de la Oliva.

TARDES EN EL MUSEO CANARIO

De esto hará sus buenos doce o quince años. Solíamos ir casi todas las tardes a la egregia Sociedad donde se guardan piedras de nuestro solar, animales, peces y pájaros disecados, vasijas útiles y “pintaderas”, y las momias embalsamadas de nuestros antepasados. Siempre nos había cautivado el aire de misterio que envuelve a nuestro Museo y, por otra parte, íbamos a visitar a Ventura Doreste, a la sazón oficial de Secretaría de la docta Sociedad.

Solía formarse, a menudo, una tertulia literaria amenísima. Allí presentes Antonio Beltrán Sierra, Federico Sarmiento, el pintor Felo Monzón y, esporádicamente, el también pintor Manolo Millares y su mujer Elvireta Escobio. Sólo de tarde en tarde, tras saltar el charco, hacía también el gran tinerfeño Arístides Ferrer, gran amigo de lo grancanario y vernáculo y, en particular, de Doreste. Ferrer llegaba siempre acompañado de sus grandes voces y de unas viandas y bebestibles —coñac y algunos vinos generosos— que, para solemnizar su llegada y sellar los abrazos, despachábamos deliciosamente en el comedor de la habitación de Pepe Naranjo, Conservador del Museo y sita en su planta alta.

Tardes encantadoras y tranquilas, en las silenciosas salas del Museo, olientes a años y a legajos, a curiosidad y a misterio. No le restábamos el tiempo a Ventura (acudíamos a verle fuera de sus horas de trabajo) y nos enterábamos de una porción de cosas instructivas y necesarias. Corría a cargo de nuestro visitado la correc-

ción de pruebas de la revista EL MUSEO CANARIO y parte de su sección de crítica de libros, y eso le entretenía devotamente. Y cuando no, copiaba y copiaba de unos mamotretos —también para los números de la revista— de los siglos XVII o XVIII (esto no lo recuerdo bien), las célebres “Memorias de don Lope de la Guerra”, un interesante personaje, tinerfeño de origen o de adopción, que se las había visto muy apuradas con veedores, alcaldes, alguaciles, gobernadores, amén de canónigos, beneficiados e inquisidores y muy gorda gente de armas.

Luego el arte y la poesía. Los clásicos, con Góngora y Garcilaso, corrían de boca en boca. Doreste nos leía algún poema mientras Naranjo tiraba alguna placa testimoniante de aquellos ratos de cultura y amistad.

Arístides, con su gran vozarrón, nos hablaba de las inquietudes de la isla frontera. De las humanas zozobras y la esperanza. De la paz todavía inalcanzada. De la justicia y el amor soñados.

Tardes inolvidables y recreadoras que, contempladas ahora, tienen ese sabor de lo vivido, a la vez que despabilan el rescoldo de las cosas que ya no vuelven. Entre otras, aquellas de encontrarnos, a la salida, ya atardecido, a la señorita Aurina Rodríguez, Licenciada en Filosofía y Letras y Conservadora de la Biblioteca y del Archivo del Museo. Poco después del toque de oraciones, el Museo era un caserón más de Vegueta sumido en el silencio de un mundo olvidado.

Diciembre, 4

DON AGUSTIN MILLARES CARLO,
DE NUEVO EN LA ISLA

Todavía recordamos el emotivo testimonio de aquel caldo de pescado, ofrecido en prueba de amistad y homenaje, en el puerto de Las Nieves —un domingo de agosto de 1961—, al admirado maestro y amigo don Agustín Millares Carló.

Muchos y escogidos admiradores del gran paleógrafo y erudito, residente en Hispanoamérica y profesor y ciudadano del mundo, nos congregamos en torno a su persona, aquella mañana dominguera, junto a las olas del mar abierto y bajo el efluvio del milenar pinar de Tamadaba. Fue una fiesta íntima, fraterna, cargada de fervores hacia el retornado maestro y amigo. Su palabra temblorosa apenas pudo dar las gracias. La emoción le arrancaba del pecho y se le atragantaba en la garganta. Nobilísimo hermano mayor y profesor de rectitudes y humanidades, entonces en la isla, a la lumbre y a la fe de sus dulces antepasados. Entonces, en la mañana de aquel día, sentado como un nuevo Maestro entre la fe y la esperanza de sus amigos.

El profesor Millares Carló encuéntrase de nuevo en su tierra, a la que acaba de volver. El corazón y razones que no conocemos le traen con una frecuencia mayor. Tira la tierra, es indudable, y don Agustín se siente cada vez más canario. Están aquí sus viejos lares y sus antiguas luces encendidas.

Quizá sea su estancia para poco o mucho tiempo. Habrá encontrado nuevas cosas, afectos o estímulos nuevos, pero habrá echado de menos la falta de algo

desgarrado e insustituible: aquel pedazo de su carne y de su espíritu que fue su hermano Juan, el profesor y poeta don Juan Millares Carló, desaparecido hará escasamente un año.

Suponemos que don Agustín habrá venido a estudiar y a echar un vistazo a sus amores y a sus cosas; a abrazar a sus familiares y a recorrer, con el corazón, nostálgicos y fervorosos caminos.

Bienvenido, profesor grancanario, entrañable Agustín Millares Carló.

Diciembre, 8

JUAN VELAZQUEZ Y VELAZQUEZ Y LA UNIVERSIDAD

Quien haya venido siguiendo el desarrollo del curso de Otoño de la Universidad Internacional de Canarias, iniciado y proseguido con la docta palabra de muy amenos e informados conferenciantes, habrá podido observar la asiduidad —íbamos a decir fidelidad— con que aquél viene siendo discernido y acotado por ese espíritu sagaz y estudioso que es Juan Velázquez.

Como la sombra al cuerpo, su espíritu, primero de oyente y de comentador después, ha venido ligado, fundido y entramado al aliento didáctico y divulgador de los temas tratados y de los profesores encargados de su aireación. En sus acotaciones periodísticas, Juan Velázquez ha venido concediéndole a las conferencias dictadas el eco expansional, tanto de la teoría o doc-

trina dictadas como de la importancia o significación que el acto comporta.

Como en sus venas la propia sangre, lleva Velázquez en su intelecto la preocupación dimanante de toda labor docente encaminada a saciar toda ansia de signo espiritual. Al hombre hay que enseñarle, despertar su conciencia, interesarle en el afán del común saber. La voz de los hombres del 98, todavía resonante en el ámbito de la cultura nacional, tiene en Velázquez un apasionado valedor, un gratuito y clamante revalorizador. El influjo de aquella gloriosa generación —le hemos oído decir alguna vez— está todavía presente en la inquietud, el aliento y el quehacer de los actuales valores intelectuales. Hasta tal punto —asevera— irradia de los noventiochistas la fuerza de una luz, el impulso y el latido de una conciencia cuyos ecos signan aún los contornos dramáticos de nuestro ser nacional.

Ortega y Gasset, Unamuno, Maeztu, los Machado, Martínez Ruiz, Candamo... Figuras seguidas muy de cerca, en horas de vigilia y de meditación, por Juan Velázquez. Orteguiano cien por cien, con pasión que rebasa acaso lo normal. Fue oyente devotísimo del profesor de Metafísica, y, repetimos, que como la sangre en sus propias venas, le lleva en su intelecto.

Así, no extraña que el ilustre escritor, gran humanista y en vigilia constante en cuanto atañe a toda inquietud, enseñanza o función intelectual, se haya convertido en gratuito paladín y en gozoso aireador de las tareas de la Universidad. Su afición a los libros y a las ideas, a la especulación mental y al humanismo, le ha constituido en celoso acotador del acontecer, del suceder espiritual. La siembra de esos catedráticos y

profesores encuentra así el surco apropiado y el eficaz canal noticioso.

Juan Velázquez, lector insaciable y —a ratos— gozoso escritor, tiene en su haber el importante mérito de ser el pregonero mayor de las valiosísimas tareas de la Universidad.

LA HIDALGA CIUDAD DE TELDE

Partida por gala en dos, porque dos son sus mayores y más diferenciados barrios —San Juan y San Gregorio—, la ciudad de Telde se asienta sobre una casi llanura, salpicada de huertas y de cercados, con el verde esmeralda de sus platanares y el susurro de los vientos cumbreños. Atardeceres en sus playas —La Garita, Salinetas, Melenara—, en sus rincones recoltos y en sus mansiones, con cánticos de pájaros errantes y tañer de campanas. Telde, bíblica e hidalga, señorial y laboriosa, con abolengo y con historia. Telde, la de los poetas.

Con Agalda, en pretéritos tiempos, compartió la corte aborígen. Tenesor Semidán y Doramas ejercieron su reinado simultáneamente, el primero como guanarteme de Agalda y el segundo como guanarteme de Telde. Ambos caudillos defendieron su independencia, pero acabaron pactando con las poderosas armas de Aragón y de Castilla. Desde entonces, savia nueva, y una nueva fe y un nuevo destino palpitan en nosotros.

Telde, la ciudad hidalga, acaba de tener un gesto loable. El de recibir, con sus brazos abiertos, a una

expedición de este periódico (“EL ECO DE CANARIAS”). El de atender y agasajar a sus huéspedes. El de ofrecerles su casa limpia, su alma abierta.

Ese día, Telde revivió sus viejas gestas, abriendo sus brazos para honrar y festejar, como los Doramas antiguos, a sus visitantes. Compartió con ellos el vino y la alegría y obsequió a su Capitán —Pío Gómez Nisa, director, poeta y amigo—, con un cuchillo canario; un hermoso cuchillo de artesanía. Quizá como símbolo de que lo canario está clavado perennemente en el alma de la hidalga ciudad.

Diciembre, 11

PALMERA CON DATILES

En la plazoleta de Cairasco, casi frente por frente a Tropicana, hay una palmera con una hermosa rueda de racimos cargados de dátiles. Unos dátiles amarillos, como hechos con hebras de sol, dulces y pulposos, de esos que picotean los pájaros y preferíamos los muchachos de antes para nuestras pedreas y el subsiguiente, goloso, saboreo. Llegar a esta parte de la ciudad, tras sortear los automóviles y contemplar esta palmera, es algo encantadoramente delicioso.

En otoños como éste, Luis Benítez Inglott, que es un poeta dado a evocar su aventurero paso por el Africa milenaria, ha solido dedicarle unas estrofas a esa palmera ataviada de majestad y de fruto. Cuántas

veces sus pasos se han detenido bajo su sombra para acariciar las palomas de lejanos recuerdos.

Allí se yergue, esbelta, cargada de años e ilusiones. No echa de menos ni el desierto ni la montaña. Aun condenada a no ver el mar, a diferencia de sus congéneres de Elche o de Alicante, ella se conforma con un poco de cielo azul y de nostalgia de los prados o de las parameras lejanas. Es, quizá, una palmera poética, becqueriana y se conforma con poco, si ese poco es algo sutil y extraordinario.

Nuestro Alcalde, que tantas palmeras viene replantando en la ciudad, podría completar la de este mínimo oasis, quitando las llamadas de abanico y sustituyéndolas por esas otras datileras. En las noche de luna y aun en la caliginosas y sofocantes de nuestro verano, el espectáculo de este breve palmeral sería fantástico, alucinante. El corazón de Africa, el rumor y el susurro de Africa, meciéndose y palpitando en este rincón de la ciudad.

EL ORGANISTA

En Gáldar —la tierra donde don Pedro Acedo hizo su principal peregrinación por la vida, ya que en ella nació y en ella entregó su ánimo a Dios—, aquella figura de a entrada de siglo y de su primera mitad, era casi una institución. Don Pedro Acedo —Periquito Acedo, familiar y popularmente— era decirlo todo. Galdense de pro, sastre de oficio, organista de profesión, su persona polarizaba la general admiración, no

exenta, en cierto modo, de algunas suspicacias. En los pueblos, ya se sabe, no siempre la finura y la distinción son prueba de hombría y de exquisitez.

El órgano de la iglesia de Santiago —el mejor y más famoso del Archipiélago por su abundancia de registros y su riqueza de sonoros tubos, accionábanlo, en los días señalados, las manos y el corazón de don Pedro. Vestido de riguroso negro, perfectamente acicalado, Periquito Acedo, desde su trono, llenaba el templo de profundos y dulces arpegios. Le recordamos fino, nervioso, amable, con una educación y unos modales, heredados más que adquiridos. Era cuando cruzaba frente a las Casas Consistoriales —donde crece un drago fabuloso— o junto a las verjas de la antigua Plaza con pilar y laureles centenarios. Le evocamos así porque, por aquellos tiempos, éramos unos párvulos que, desde la calle del Drago o la del Agua, pasábamos, bordeando la recoleta Plaza, hacia la escuela donde, a la sombra de unas altas araucarias, recibíamos las primeras lecciones del labio de nuestro primer maestro y mentor, el inolvidable don Francisco Guillén Morales.

Periquito Acedo, con su bufanda y su paraguas —si era en Invierno—, su sonrisa y sus finas maneras, y su paso menudo, se dirigía a la iglesia. Era el organista *per se* de la iglesia del apóstol Santiago. Se perdía entre sombras y penumbras, subía a su puesto y las armonías se diluían en la paz de las naves, en el fondo de las capillas o bajo la gran cúpula central. Y todo el mundo tenía conciencia de que era el alma, más que el brazo, de Periquito Acedo, quien hacía aquel milagro; quien regalaba aquellas dulces, profundas melodías.

Recuerdo a Periquito Acedo —a don Pedro Acedo— porque me enseñó a sumirme en la música de las eternidades. Porque la de la campana llegaba de las proximidades, como un sonoro halo de luz que me bañaba de alegría. Pero la del órgano era la música de Dios, oculta en las piedras de las ojivas, en el temblor de las tímidas lucecitas, inundándome de un inconsolado misterio y de una desconocida felicidad.

MONTIANO PLACERES

Montiano Placeres nació en Telde y su vida la pasó, casi entera, en su ciudad natal. En sus años últimos venía con frecuencia a Las Palmas, pero regresaba a Telde, donde le aguardaban su madre y sus hermanas. Montiano fue un hombre y un poeta de un corazón exquisito.

Labraba la poesía al estilo de su tiempo. Cuidaba la forma y, en cuanto al fondo, sus temas eran intimistas, humanos: el amor, el recuerdo, la amistad, la muerte. Publicó, que sepamos, sólo un libro: “El remanso de las horas”, con prólogo de Patricio Pérez Moreno, amigo del poeta. De cómo cultivaba la amistad, da una idea el número de dedicatorias de su libro. A Tomás Morales, Francisco González Díaz, Suárez León, Fernando González, Ange Valbuena Prat, José Cabrera Melián, Saulo, Agustín Millares Carló y otros más. Montiano vivía y soñaba la poesía, porque era bueno —como Machado— y nunca sintió el dardo de la envidia.

¿Amó, en el sentido adánico, alguna vez? ¿Tuvo alguna Ofelia o Beatriz? Se dice que vivió enamorado de una mujer que vivía y hacía versos como él. Idilios que debieron ser venturosos y que la muerte truncó despiadadamente, cuando el poeta había alcanzado lo mejor: besar unos labios, escribir un soneto, tener un amigo.

Le sorprendió la muerte en plena juventud. No lo sabemos exactamente, pero no debía de rebasar los cuarenta años. Aquel niño grande —Placeres tenía dentro de su gran corpachón un espíritu infantil— sucumbió casi de súbito. Las tertulias literarias, los amigos, los poetas, lo lloraron en silencio, y su ciudad —Telde— experimentó el escalofrío de su despedida.

Su poesía era varia, diversa en estilos y formas, pero unida por un sentimiento y una ternura delicadas. En algunas de sus composiciones se presiente la influencia de Antonio Machado y de Alonso Quesada. Su verso era breve, claro y directo. Estos dos poemas dan una idea del lirismo, recitado y premonitorio, del poeta:

*“Mi madre por las tardes
en la silla pequeña,
busca el sosiego a que derecho tiene
tras la diaria tarea.
Mas, no está nunca ociosa,
que al lado de la silla está la cesta
de costura, y en su interior la ropa
mil veces remendada y siempre nueva...”*

*“Carpintero, cuando paso
por tu taller, siento miedo;
que ayer hiciste una cuna
y hoy estás haciendo un féretro”.*

Diciembre, 18

PLUMA CANARIA CONSAGRADA A LO VERNACULO

La virtud de la pluma de don Sebastián Jiménez Sánchez estríba, a nuestro ver, en que, de por vida, ha venido consagrada a lo canario. Descubrir, conocer, exaltar y revalorizar lo canario, en su ayer más que en su presente, parece ser su determinante, el norte de sus búsquedas. ¿Cómo vivió, en la prehistoria, nuestro aborigen? ¿Qué utensillos, primitivamente labrados, nos legó? ¿Dónde, en qué estadio de las edades, encontrarlos? ¿Desde la Conquista hacia atrás, remontando la corriente del tiempo, nos parece todo nebuloso, sin hitos fijos y diferenciados, sin transiciones sensiblemente apreciables, que permitan establecer, reconstruir o tan siquiera imaginar una historia? Pues con esa poquedad de elementos nuestro investigador ha tratado de encontrar una huella, una trayectoria, unos vestigios, unos restos de civilización asentada y sobreviviente en estas pequeñísimas islas. Tarea de suyo difícilísima, pero apasionante. Mas, pese a lo precario de nuestra arqueología y a nuestras escasas tradiciones —las Canarias casi no tienen historia, o empezó ayer esa historia—, Jiménez Sánchez

la busca y procura, la estudia y ahonda, la crea en lo razonable y levanta su monumento, con morosa paciencia, de estudios históricos, ensayos y libros.

De ahí, de esa dificultad y pobreza de hallazgos que permitan reconstruir, sobre los hechos y bases ciertas o al menos comprobables, una historia, un ayer mejor o peor configurado, que reconozcamos en don Sebastián Jiménez Sánchez un enorme mérito. Su constancia en el afán, su perseverancia en el fin a conseguir. Y conste que, en la labor investigadora y deductiva, a las veces, de este escritor, lo que menos juega es la imaginación. Los hilos del pasado canario, aun en sus confines nebulosos, procura encontrarlos y reconstruirlos no sobre meras y resbaladizas suposiciones, sino sobre cosas, objetos, escrituras y hallazgos contrastables. Para ello, repitémoslo, Jiménez recorre, hurga y ahonda en la geología de la isla, buscando las piezas que puedan darle alguna luz o llevarle a las fuentes originarias. Incansable, perseverante, insatisfecho y estudioso hasta la demasía, su labor, en este aspecto, es muy estimable. Sin que descuide, tampoco, el esporádico artículo de crítica —letras, música, pintura—, la pincelada del paisaje, el pregón de nuestras fiestas o el artículo costumbrista o “folklórico”.

Diciembre, 20

RACHMANINOFF

Fue uno de esos raros días en que se puede ir sentado en la guagua. Logré sentarme junto al cobrador —un hombre refunfuñón y mal encarado— y

frente por frente a una señorita con gafas negras y bucles de oro, que iba leyendo un libro. Una de las veces que la mano de la señorita alzó el libro, acerté a leer su título: “Rachmaninoff”. Una verdadera sorpresa. Y descubrí aún más: La palabra “prélude”, cogida así al azar, como quien atrapa una mariposa en un enjambre de avispas, me permitió deducir que su texto estaba escrito en francés.

¡El gran músico eslavo y en la lengua de Balzac!
¡Qué cosas, Señor! La gente, apretujada, incómoda, ansiosa, pensaba en otras cosas. El cobrador, refunfuñón y malhumorado, no hacía sino repetir: “Por favor. Los del centro que se hagan p’atrás. Vámonos...”. Pero yo no quitaba los ojos de la señorita de gafas negras que iba tan distraída leyendo el mágico libro. Sería tan interesante, tan puro, tan aleccionador.

Un relámpago de sugerencias cruzó por mi pensamiento. El largo tren, de encadenados vagones, gimiendo e interminable; la estepa triste y alucinante; la nieve de la Navidad cayendo inmisericorde sobre los popes y los mujiks; las isbas y aldeas, con sus braseros encendidos, celebrando el Divino Milagro, con cánticos y acordes de balalaikas... ¡Rachmaninoff! Los blancos corderos perdidos en las tundras, en las gélidas llanuras de la inmensa Siberia; el gran Volga helado, “las noches bancas”, los trineos... Precisamente hoy, día de la Navidad del Señor, cuando reina un sol deslumbrante, y es todo tibio y hermoso, y vamos apretujados en una guagua, en nuestra invernal primavera, deseando que el viaje se prolongue, para seguir espionando, curioso, a la señorita de las gafas negras.

¿Estaría, como el mío, también su corazón junto a Rachmaninoff, olvidada en su música, vagando por los immaculados caminos, por los rincones inviolados de un oscuro destino?

Diciembre, 25

VISITA DE NAVIDAD

En el día del Nacimiento hemos ido a visitar a don Chano S. Padilla. Los años y cierto arrechucho aisláronle durante algún tiempo, hasta el punto de que aún guarda reposo. La flor y nata de la recitación canaria —desaparecido Suárez León—, pasa sus días en su casa de la calle de San Justo, junto a las paralizadas máquinas del diario “La Crónica”, donde, otrora, Juan Rodríguez Yáñez, Bernardino Ponce, Juanito Rivero del Castillo, Pedro S. Padilla y otros más cultivaran la poesía y el periodismo.

D. Chano nos recibe —hemos subido la gimiente y vieja escalera Antonio Izquierdo y yo— acomodado en su sillón, junto al bar-librería, en el que hay unas fotos sentimentales: retratos del hermano Juan, el primogénito y abogado, fallecido en Cuba, y del hermano menor, Bartolomé, residente perpetuo en La Habana... En un estante hay libros y periódicos encuadernados y algunas revistas de brillante y amarillento papel, por las que resbalan distraídamente sus ojos humedecidos.

Nos dice don Chano, con alegría, que nos esperaba. En la solapa, una mano femenina, la de Manolita Gómez, que también ha subido a visitarle, le clava un hermoso clavel rojo. D. Chano, en sus buenos tiempos, solía pasear con bastón y un encendido clavel como símbolo de su hombredad.

Hace tiempo que el amigo no frecuenta la tertulia. Ya no sale a la calle. Está en pleno y amoroso "cuido". Añora la Plazuela, sus tertulias y las recitaciones en las noches estrelladas. Sueña con volver pronto al bullicio y a las "chácharas" de las reuniones. Nos pregunta por sus amigos del "Frente de Juventudes". Porque don Chano no ha perdido el humor.

Nos despidе con una de las muchas cosas que recuerda.

Bretón y Pedro Mata —nos cuenta— vivían en Madrid, en dos habitaciones contiguas. Ello daba lugar a que, con frecuencia, en la de Bretón se preguntara por Pedro Mata y al revés. Para remediarlo, el novelista, que también era médico, estampó en su puerta un cartel que decía: "Dentro de esta habitación no vive ningún Bretón"; a lo que replicó éste colocando en la suya otro cartelito con la siguiente cuarteta:

*"Hay en esta vecindad
cierto médico poeta
que al pie de cada receta
pone: Mata, ¡y es verdad!"*

Saboreada la anécdota, nos despedimos de don Chano, que ha quedado con su humor y sus recuerdos, acariciando su clavel rojo y soñando con volver de nuevo a la tertulia.

DIA DE LLUVIA

La ciudad ofrece muy distinta cara desde que la lluvia rompe a caer. Sus laderas se lavan del siena que las ensucia. Las calles, los jardinillos, el asfalto de las calzadas, los muros y fachadas, lucen limpios, recientes, brillantes. Hasta el humor de las gentes parece distinto. Los viandantes caminan con mayor ligereza; los ojos se extasían en los charcos que se forman, en las plazoletas inundadas, en las flores que se desperezan, y todo parece como repentinamente vestido de limpio o acabado de estrenar.

Hay hierba en las montañas, algún rayo de sol en veredas y azoteas y, lejos, el mar inmóvil, transparente y limpio. Suele el invierno teñir el mar de una negrura impresionante, rota, a veces, por la azucena de una vela lejana.

Amaneceres mojados de la ciudad, con sus altas torres oscuras donde se guarecen las palomas. No tardará el sol en volver, tibio, pujante, acariciador. Llueve. Increíble. Llover es casi un milagro.

Sólo siguen calmosas, iguales, amorosamente ocupadas, las manos de ese jardinero que, aunque llovizne, doblado sobre la tierra, riega los últimos ahelíes sembrados.

Diciembre, 30

1966
ENERO

MISTER GRIEVE

Solía venir todos los años a pasarse el invierno en la isla. Hacíalo huyendo de los crudos inviernos de Inglaterra. Dejaba allá su confortable casa y su “bungalow” y se plantaba en este rincón cálido de Africa, en esta especie —decía— de “balsa caliente que son las Canarias”.

Le habían conocido y tratado dos de nuestros hijos en la rubia Albión. Mister Grieve era un inglés afable, setentón, optimista e ingenuo. Una excelente criatura de Dios. Durante su temporada tenía en nuestra casa, por lo menos una o dos veces al mes, la mesa dispuesta. Jamás probaba el whisky, y ello nos causaba extrañeza, y prefería un buen trago de vino español. Amaba lo español, lo extraño, lo incomprendible para él. Amaba el fondo, cierto o desconocido, de las cosas. Y era un gran amigo.

Había tomado muy a pecho el aprender el español y lo estudiaba —si a eso se le puede llamar estudiar—

con un diccionario de bolsillo. ¡Dios, lo que se reía cuando lograba descifrar los vocablos de doble significación o de sentido figurado! No podía comprender que “cojo”, del verbo coger, y “cojo”, de estar cojo, fuesen dos distintas cosas. Tampoco pudo comprender la diferencia entre ser y estar. Estas anomalías —él las llamaba “españolas anomalías”— eran un producto típicamente hispánico. Lo decía riéndose a carcajada limpia.

Tenía un hermano en Londres, con el que se carteaba y al que le contaba nuestra hospitalidad. Anímabale a venir a la isla, donde todo —eran sus palabras— era hermoso, extraño y bueno. Un viejo padecimiento reumático, fruto de los rigurosos fríos ingleses, teníanle algo baldado. El tumbarse en alguna playa o tomar algún baño de sol en la azotea de su alojamiento habíanle ido enderezando y curando poco a poco.

Allá, en sus propiedades londinenses, tenía una casa con un jardín inmenso. Y en plena campiña, uno de esos alojamientos que los ingleses llaman “caravana”. En la primavera, cuando el frío y la niebla amainan, la tierra toda conviértese en una alfombra de colores vivísimos y de flores casi gigantescas. “Toda la Inglaterra, cuando llega la primavera —decíanos— es hermosa”. Pero la Gran Canaria lo es más. “Ella estar siempre hermosa”.

Estaba obstinado en fundar un colegio inglés para la enseñanza del idioma de Shakespeare a los nativos. Fundarlo, se entiende, por su cuenta y a sus expensas. Con tan romántico proyecto muy metido en sus adentros regresó a la rubia Albión para ver a su hermano,

ayudar a recortar el boj y el césped de su “bungalow”, y... no volvió más.

Enero, 2

CARTA A ANTONIO JAEN DIAZ

Me imagino, Antonio Jaén, tu alegría y tu sorpresa contemplando la fotografía de una de aquellas cenas anuales, creo que la última, que celebraba la Escuela. Tú sabes bien la unción y el gozo con que el director y los alumnos celebrábamos aquellos ágapes pascuales. Primero, en la calle de García Tello, en aquella casa vegetense con patio y huerta; después, en la casa terrera, acabada de construir, albeada de blanco y con un patiecillo, en la plazoleta de Santa Isabel, frente al mar abierto. Por último, como éramos ya muchos los alumnos, en algún local público, con espejos, mesas y sillones. Era el jubileo de los que aprendíamos a vivir, a preguntar, a conocer. El arte, las inquietudes, las esperanzas, iban formando su nido y hasta su montaña, en nosotros. Nos reuníamos en torno al maestro, nos divertíamos, hacíamos aquel sacrificio de fe y seguíamos camino adentro de la vida, juntando piedras, amasando sueños.

Tu sorpresa, creo yo, porque al derramar tu vista por los contornos enteros de la foto, retrospectiva y testimoniante, tus ojos te buscaron y no te encontraste. Sería, Antonio, que por aquel entonces andabas en tu magisterio o te estrenabas, ausente, en alguna escuela, en una de esas tantas escuelas donde has ido vertiendo el saber, el corazón, la poesía y la experien-

cia. Pero oye: a mí me dolió, quizá más, no encontrar tampoco entre los asistentes a tu inolvidable hermano Domingo, que aún vivía por aquellas fechas... ¿Qué índole de separación sería, Señor, la de tu hermano? Porque éramos —tú lo recuerdas— en aquellos tiempos y afanes de la escuela inseparables hermanos.

La escuela "Luján" tuvo —tiene— un historial hermoso. Echó los cimientos de cuanto de valioso y sustantivo hay hoy en el arte de la isla. Poetas y escultores, periodistas y críticos, pintores y ensayistas, con contadas excepciones, tuvieron en ella su fuente, sus raíces y su norte. Y todavía más: y muchos que desertaron o renunciaron al arte, avivan la llama de sus mejores nostalgias en aquel calor, en aquella enseñanza, en aquella juventud, bella y románticamente vivida.

En tu escuela, Antonio, ahí en tu Santa Brígida, sé que cultivas almas y flores. Y que hilvanas mañanas con ayeres, tejiendo la mejor seda de la esperanza. Es tu mejor, por no decir el único, entretenimiento, del que no puedo imaginarte cansado. En algún rato del "recreo", mientras la escuela se te quedaba vacía, también imagino que te inclinarías sobre el periódico para revivir aquel tiempo pasado.

Enero, 5

EL MAESTRO GERARDO DE ATIENZA

M. M., un amigo que conoció en lo verdadero al profesor de ballet y maestro de muchas otras cosas, don Gerardo de Atienza del Olmo, tuvo para él, al

cumplirse el primer aniversario de su muerte, un emocionado recuerdo, en una de las páginas de este mismo periódico.

El gran bailarín, bohemio y romántico, nacido en Valladolid, paseador por el mundo de las más exquisitas danzas y venido a Canarias para casarse, hacer amistad, seguir soñando y morir, había perdido sus dos piernas —aquellas de sus ingravidos ritmos y pasos—, y, como pájaro que pierde sus alas, se resignó a no vivir. En brazos amorosos y amigos, uno de los primeros días del año —recordamos que era lluvioso y que las nubes estaban enlutadas y las flores ateridas—, expiraba nuestro amigo, y era llorado, y dejado horas después, una tarde, casi noche ya, en la soledad de su nicho, en el palco de su descanso, tierra, y no vuelo, ya, en tanto las estrellas abrían sus capullos de luz y regresábamos a la noche del mundo.

Dios, por fin, estaba con él; habíale hecho suyo. La danza había terminado. El barro de su apolíneo pecho se había doblgado, como alta y grácil palmera. Y había cesado de latir aquel ingenuo y gran corazón.

El arte, el más hermoso arte —la danza, quizá—, perdía a uno de sus elegidos y nosotros a un hombre, a un amigo, de los más puros y buenos. Gerardo de Atienza, panal de fantasía, fuente de nobleza, bailarín y caballero español, grancanario por su arribada, nuevo Ulises, a la isla. Bailarín, sí, de las más tenues y angélicas nubes y de los más encantados y mágicos lagos, tendido en la isla para dormir, cansado de volar, el sueño inacabable.

Enero, 7

ENRIQUE RUIZ DE LA SERNA

Siquiera sea por haber vivido los últimos y más serenos años de su vida en la isla —perteneía a la Organización Nacional de Ciegos por haber perdido el don precioso de la vista desde hacía tiempo—, recordamos hoy a don Enrique Ruiz de la Serna, escritor y poeta, gran madrileño y gran español, espíritu sutil y delicioso, y, a su manera, gran soñador.

Había escrito mucho y bueno, desde sus años mozos, en la Prensa madrileña. En “Heraldo de Madrid” vertió muchísimos trabajos humanísticos, verdaderos ensayos por su fondo y forma. Fue un periodista auténtico, en el más profundo y valorativo sentido de la palabra. Observaba la vida, se formulaba sus dudas, se planteaba sus preguntas y trataba de resolverlas a la luz de hondas reflexiones. Ruiz de la Serna vivió y reflejó un tiempo, un vivir, con pulso y estilo propios. Fiel a su vocación, hijo de su verdad, se supo oír a sí mismo y al mundo circundante, y fruto de esa audición fueron sus innúmeros trabajos periodísticos y sus líricas estrofas. Le recordamos, cieguécito, palpando imaginarios puntos de apoyo y respirando esencias ensoñadas, en sus cotidianas peregrinaciones por las vías urbanas y los caminos entrañados.

Aquí vivió hasta su muerte, acaecida en el año 1956, hace diez años, junto a su compañera doña Sofía Norro. En una casa con jardincito, en Escaleritas, le sobrevive doña Sofía, ovillando recuerdos y amores enlutados. A dos pasos de la tierra adonde se desplaza a poner unas flores. Porque se le fue el poeta y com-

pañero, después de aquella larga noche de sus ojos y después también de haber escrito y publicado, para su gloria, su libro de versos “El corazón enjaulado”.

Y don Enrique duerme su mejor sueño en la, para su alma madrileña, lejanísima tierra grancanaria.

Hojeando “Las mil mejores poesías de la Lengua Castellana”, antología que incluye sólo a dos poetas canarios: Tomás Morales y Fernando González, encontramos, en la página 611, a Enrique Ruiz de la Serna, con su poema “A ejemplo de los árboles desnudos”, que es todo un plañido romántico, dulce y susurrante y, acaso, el mejor retrato del alma de don Enrique.

*“No es el Otoño, no, quien a los árboles
arrebata sus hojas, que son ellos,
son los árboles mismos quienes ceden
sus hojas a los vientos...”*

*Los árboles desdeñan
la estéril pompa del follaje muerto,
y, con viril austeridad, aguardan
desnudos los rigores del Invierno.
¡Saben que sólo así la Primavera
los vestirá de nuevo!*

*Alma mía: estos árboles desnudos
sean para ti ejemplo.*

*Renuncia, como ellos, a lo vano;
despójate, como ellos, de lo viejo.
Si en ti muere una idea, para siempre
arráncala de ti y échala al viento.
¡Porque son los cadáveres de ideas
la estéril pompa del follaje nuevo!
No finjas pensamientos que no pienses,*

*no sientas con fingidos sentimientos.
Antes que así, desnuda,
resiste los rigores del Invierno.
¡Que al cabo tornará la Primavera
y a ti también te vestirá de nuevo!*

Queremos recordar que el prólogo del libro "El corazón enjaulado", de Enrique Ruiz de la Serna, lo escribió don Eduardo Benítez Inglott.

SAINT SAENS Y MELPOMENE

¿Fantasía? ¿Realidad? Sabido es que muchas de las cosas que le son atribuidas a los grandes hombres suelen ser las más de las veces producto de leyendas o de sucedidos y anécdotas adobados por calenturientas imaginaciones. La tradición oral suele también, en otras, deformar la verdad o desfigurar los hechos, creándose, en consecuencia, un suceso o un hecho que jamás existieron.

Con todo, no creemos que en el caso de la "Villa Melpómene", en la que se asegura que durante algún tiempo residió el gran compositor, haya fantasía alguna. Está la "Villa Melpómene" en el fondo casi de un barranco guinense, destacando como una bella y sencilla casa canaria de campo, en los linderos de un plataneral. Se la divisa desde la carretera poco antes de llegar a Guía. Siempre en declive continúa el barranco, y las huertas y fincas, con sus maizales y algunos árboles corpulentos. Y luego el mar, besando

el profundo tajo de la tierra, ese mar bravío de la costa norteña, que rompe en los escarpes o exhibe sus blancos encajes en la hermosa costa de Bañaderos.

Dícese que en esta villa vivió algunos años Camilo Saint Saëns, enamorado del paisaje —el platanal, las albercas, las acequias de bulliciosas y cantarinas aguas, los pájaros y la soledad— y que fueron las manos y la inspiración del compositor y organista quienes colocaron en el pretil de la alta fachada las grandes letras de “Melpómene”. Néstor Alamo, que tanto sabe de nuestro pasado próximo o remoto, ha podido desvelarnos este misterio. Ha de haber en la historia de esa casa, en la tradición de sus moradores, el deseado indicio que lo aclare.

Sabido es que Saint Saëns pasó parte de su vida en nuestra isla, a la que arribara como “viajante de comercio” o más bien de incógnito. ¡Donde nadie le conociera y le dejaran en paz! Pero fue descubierto por el maestro don Bernardino Valle Chiniestra. La amistad los unió. Y pasaron juntos, y juntos actuaron en espectáculos musicales sacros y profanos. También moró el autor de “Sansón y Dalila” en San Cristóbal, junto a sus orillas marineras; y dícese que, en sus idas y regresos (solía hacerlo a pie), escuchó muchas veces el tañido de las campanas catedralicias, debiéndose a ello una de sus más hermosas composiciones, la titulada precisamente “Campanas de la Catedral de Las Palmas”.

¿Por qué “Villa Melpómene”, siendo, en la mitología griega, Melpómene la Musa de la Tragedia?

Y este —la voluntaria residencia de Saint Saëns en el pintoresco barranco guiense— es otro timbre de

orgullo para la ciudad donde Luján tuviera su cuna y el poeta Bento sus mejores inspiraciones.

Enero, 9

CONSIDERACIONES SOBRE HOMBRES PUBLICOS

En 1912 nos parece que se creaba, por una especialísima y ventajosa ley, el régimen de los Cabildos Insulares, con el que se le daba una actuación autónoma y privativa a la economía administrativa de cada isla. El impuesto del uno por ciento sobre la importación fue la base de la prosperidad relativa de las islas, plasmada en la capacidad para fomentar las comunicaciones —camino vecinales—, el problema hidráulico —base de nuestra agricultura—, reformatorios y hospitales, y el no menos importante de las comunicaciones aéreas —por entonces en sus albores— planteado y resuelto en su oportuno momento.

Presidió aquella primera Corporación el inolvidable don Tomás de Zárate, y a su vera, con parejo ardor y entrega a la cosa pública, hasta una veintena de políticos, representativos de todas las fracciones ideológicas y económicas insulares, que iniciaron y resolvieron los primeros servicios administrativos. De aquella Corporación fundacional queda, que sepamos, un solo superviviente: el patricio don Salvador Man-

rique de Lara —al presente octogenario—, hombre que se consagró a la cosa pública, dirigió una fracción política, fundó periódicos y fue Alcalde de Las Palmas.

La etapa culminante de su política supo dirigirla y sortearla en una época turbulenta de la vida nacional. La que marca la trayectoria de la Dictadura de don Miguel Primo de Rivera, pasando por el gobierno-puente Berenguer, hasta desembocar en la segunda República. De resto, su gestión fue pura y simplemente la de un canario en cuyo corazón germinaron deseos hondísimos de servir la causa común, contribuir a la grandeza de la isla, liberándola, a ser posible, de ajenas y nefastas servidumbres.

Otro político en el que se da la circunstancia de ser el último ex-presidente del Cabildo Insular, desde su creación, en 1912, hasta el Alzamiento Nacional, en 1936, que aún vive, es don Miguel Alonso Jiménez. Por caminos distintos a los de don Salvador llegó a la administración pública. Otra etapa, tan virulenta o más que la anterior le arrastró a la titularidad de la Corporación. Fue en el declinar de la segunda República, bajo la hegemonía de Lerroux. Ambos son, pues, dos políticos canarios, que actuaron en circunstancias históricas, tensas, espectaculares y de transición. También don Miguel Alonso Jiménez, teldense de nacimiento, hombre de formación personal y de sangre y tradición grancanarias, sirvió a su tierra con limpieza y lealtad, en circunstancias que la historia ha sancionado fría y objetivamente.

En suma, dos perfiles humanos, dos valedores de lo público, ante los que cabe descubrirse con respeto.

Pasear junto al mar, convivir con el mar, ¡oh, qué delicia! En tanto, claro, no esté enfurecido y quiera arrastrarnos, llevarnos con él. Se escalofría el alma pensándolo. ¡Oh, ronco, gimiente, espantoso alarido, escapado de las profundas y misteriosas entrañas del mar!

Hoy está apacible y ello aumenta mi gozo. Lleno de una radiante y cegadora luz. Llegan las olas, suaves y serenas, en su rítmico, perenne movimiento. Algunas rompen en el malecón, vaciando sus canastos colmados de rosas blancas.

Allá, el azul infinito. Y aún más allá, rebasado el cielo imaginado, la tierra invisible, con luces y sombras, flores y ríos, hombres y lágrimas, risas y pájaros. Ese allá, que no alcanzan los ojos, pero que el alma adivina, como una música, como una presencia, como una esperanza.

Esta manzana que voy comiéndome mientras miro al mar ¡cómo me sabe! Eché las cáscaras al mar y las he visto flotar, esquifes frágiles, hasta chocar o perderse entre las grandes y oscuras piedras. También se alejan y hunden a la deriva, así, las cosas del corazón.

Lo he pensado tarde. Pude haberme sentado en una de estas solitarias piedras para contarle al mar mis pesadumbres y preguntarle qué hace, en su húmedo cementerio, con las cenizas de los tristes ahogados.

El mar y mis ojos, y mis preguntas, y mis olvidos.
El mar y yo. Ciego, herido, solitario, yacente, huella
efímera de un eterno camino.

Enero, 12

VISITA A PLACIDO FLEITAS

Cuando fuimos a visitar a Plácido, lo hallamos en su casa-estudio de la calle de Torres. Una casita terrera, enmarcada entre comercios y altos edificios, próxima a la arteria comercial de Triana. Una mañana soleada, limpia, de cielo claro y aire transparente, en pleno enero de la isla.

Plácido acostumbra a madrugar, cuando tiene algún boceto —en piedra o madera— entre manos. Acababa de tomar su café y nos invita a una taza olorosa y caliente. Mientras va por ella —lento y con su cabeza ligeramente ladeada— echamos una vista a las paredes bajas de su habitación, a los anaqueles repletos de libros y revistas, a los óleos y figuras que descansan sobre las mesillas y alguna peana. Luego, frente a frente ya, o mano a mano, cambiamos palabras afectivas, evocadoras de otro tiempo o simplemente alusivas al arte o a la amistad. Plácido habla reposado y casi monosilábicamente. No hay en su conversación vehemencia, chorro de palabras, pero sí sentido, equilibrio y emotividad. Se pasa bien con él un rato amical.

CONVERSACION Y ELOGIO

De Plácido Fleitas no es necesario que digamos que es un buen escultor. Con decir que lo es ya está todo dicho y admitido.

—He estado durante un mes —nos dice— trabajando en plena naturaleza, entre interesantísimas piedras volcánicas, en un acantilado que cae desde la altura del Faro de Arinaga a una playa llamada La Hondura. Ya tengo en el estudio las esculturas. Las he tallado directamente en la misma roca volcánica.

Se oye a Plácido con verdadero placer. Desgrana sus palabras despaciosamente y las va dejando, poniéndolas en vilo, claras, concisas, insinuantes. Habla igual que talla: a golpe de palabra. Cuando acaba la frase ladea su cabeza y sonrío.

—Este contacto con la naturaleza de la isla —añade— es lo que más me impresiona en mi arte, pues resuelve la autenticidad del momento actual —tan confuso en algunos aspectos— del arte de la escultura.

Hojeamos el catálogo de la exposición de este artista en el Museo Municipal de Santa Cruz de Tenerife, de marzo a abril de 1965. Junto a grabados de algunas de sus mejores obras expuestas, la espléndida introducción sobre el arte de Plácido, escrita por Eduardo Westerdahl.

No le ha faltado a Plácido buena crítica literaria. El número 59 de la revista "Artes", de Madrid, inserta un elogioso trabajo de Cesáreo Rodríguez-Aguilera. De su obra ha tenido juicios favorables de Georges

Giraudon, Prieto Barral, Eugenio d'Ors y Luis Felipe Vivanco, por no citar más.

En 1956, la colección "Los Arqueros" daba a la estampa una monografía de Ventura Doreste titulada "Plácido Fleitas". Un estudio sobre su obra con veinte reproducciones. Diez nutridas páginas de texto y entre los grabados, "Alfarera", "Mujer del Sur", "Dánae", tallas todas directas en piedra de Tindaya. Porque este escultor igual trabaja la piedra que las ricas y duras maderas como el ébano, el barbusano, la morera.

Por su estudio pasan muchos turistas que ya conocen su fama y le hacen encargos. Su parquedad de palabra, su sencillez y el poco aspaviento que le hace a su fama, más bien acrecientan su bien ganado prestigio.

¿Y qué más? ¿Acaso es poco lo dicho, el recuento de publicaciones en forma de revistas, folletos y monografías alusivos a este artista grancanario?

—Plácido: Suponemos que no estarán tus manos ni tu mente cansadas y que continuarás trabajando, creando. ¿Qué es lo que, de momento, ocupa tu tiempo?

—Verás: Tengo obras en las exposiciones permanentes de las Galerías de Juana Mordó, de Madrid, de René Metras, de Barcelona, y en la Galerie du Colisée, de París. Recientemente me han sido adquiridas algunas obras recién acabadas para otras exposiciones. Así que me ves entre piedras y maderas decidido a seguir trabajando.

¡Trabajando! Uno recuerda a Miguel Angel y a los incansables maestros de la antigüedad. Para este

artista canario, esta es la única forma —crear, trabajar— que tiene el artista para demostrar que lo es.

MAÑANA DE SOL

Heme echado a caminar por este descampado, en esta tibia mañana de sol. La tierra, solitaria; las aulas queriendo verdecen, tras la lluvia, con este mañanero calor que las consuela; los pájaros, posándose y picoteando, aquí y allá, o haciendo sus vuelos, trazando sus circunferencias, bajo el azul intenso y el silencio de muy lejos, el apagado eco de lo distante. Un ligero silbido, un son de campanas, un como revoloteo de palomas imaginarias. El mar yace lejos; lo adivinamos en el azul transparente, en el invisible cristal del viento —un aura levísima— y en esa palpitación, estremecida y honda, que escapa de la tierra. Vanse perdiendo nuestras pisadas, sobre otras pisadas sin nombre y sin tiempo. Almas que trajinaron estas soledades o el néctar de estos olvidos, ¿dónde la huella unívoca, primaria y postrera del tiempo, del Todo?

Acompáñame la soledad. No estoy, pues, solo. Un hombre va por el camino. Traspone allá, en el recodo último de una vereda adivinada. ¿Con su drama, su poesía, su desencanto a cuestas? ¿O quizá su esperanza? Siéntome y respiro hondo. El rastro compañero se ha perdido definitivamente. Aire libre, tierra libre, libertad hasta para escapar, para morir. Sueños últimos, vidas finales, rotos, deshechos, irremediablemente extinguidos. Llegan, pónanse en la rama turbada de

nuestras reflexiones. Somerset Maugham, González Ruano, Tito Schipa, o ese hombre, ese niño o ese no se sabe quién, llevado en su ataúd, ahora mismo, a su atardecer, a su fin, a su adiós.

Vuelan y cantan estos pájaros libres; sigue viva, latente y maternal esta tierra; existe como ayer, como siempre, este sol, este viento, esta sangre. Y yo me busco y me pierdo en este camino, en esta divagación, en este desconsolado pesimismo.

Enero, 15

UN LIBRO DEL DOCTOR BOSCH MILLARES

Ha tenido don Juan Bosch Millares que haber vivido lo bastante para, auxiliado por su finura intelectual, sus dotes de observación y su paciente vocación literaria, recoger, como médico, y articular, como escritor, esos cuentos de su tierra, tan escrupulosamente y bien administrados —íbamos a decir dosificados— en su reciente libro “Cuentos de Médicos Canarios”.

El florilegio de cuentos que nos brinda el escritor se suma y viene como a enriquecer el caudal de la literatura vernácula, en la rama de lo narrativo. D. Juan ambienta primero el cuadro, diseña pródigamente la situación y lleva luego al lector a su desenlace humorístico. A diferencia de los cuentos, por ejemplo, de Camba, aquel maestro de la observación concisa y jugosísima.

Más que costumbres, estos cuentos vienen a ser situaciones, modos psicológicos u ocurrencias de tipos

o figuras del ámbito isleño. Los hechos o sucesos en sí y los actores que los viven poseen rasgos y caracteres perfectamente diferenciados. La cazurrería, la agudeza y hasta la ingenuidad del canario —la “salida”— juegan papeles muy principales en el desarrollo y en la cosecha de estos cuentos. Se les ve venir la “gracia”, pese al dispendioso preámbulo que los abre.

“Cuentos de Médicos Canarios” viene a completar el exiguo inventario de nuestra literatura humorística.

Quien haya degustado las famosas “Canariadas de antaño”, de los hermanos Millares, el ramillete de cuentos de don Rafael Ramírez Doreste (con prólogo de Angel Guerra), el rosario de sabrosas marrullerías y “caídas” del “Pepe Monagas”, de Pancho Guerra, o las jocosas estampas de “Sancocho”, de Orlando Hernández, sabrá apreciar el acierto de este manojo de cuentos isleños del Dr. Bosch Millares.

El libro está editado en Imprenta Minerva, Las Palmas, 1965, y lleva esta entrañable dedicatoria: “A mis hijas Encarnación, Isabel, Dolores y María Cristina, madres de mis nietos”.

Enero, 21

TERTULIA MERIDIANA

Un día sí y otro no, o, por mejor decir, casi todos los días, tiene lugar la tertulia meridiana. Dura a lo más una hora, el tiempo que va de la una y media a las dos y media de la tarde. Concurren a ella literatos,

pintores, críticos de arte, locutores de radio, cancioneros, periodistas, y cantantes. También actores y actrices, profesionales o aficionados. Un pequeño gran mundo de gentes que no dejan de acudir al cotilleo, al comentario y al... aperitivo. Sin que falten, naturalmente, los poetas.

Se habla, se opina y se bebe con orden y concierto. Jamás hay discusiones. Cada cual lleva su noticia o maneja su escalpelo, casi siempre con piedad y pocas veces con saña. Se pontifica hasta de fútbol o de toros. Los poetas suelen ser los de palabra más larga. Estiran sus discursos con alguna que otra "metáfora" y por lo general —Víctor Doreste, entre otros— no dejan hablar a nadie.

Como en las grandes asambleas de la Historia o en los minúsculos cónclaves de la vida, la conversación o la cháchara discurre por sí sola y se disuelve como la espuma. La condimenta solamente el calor, la ocurrencia, el optimismo, un poco de yoísmo y esa pizca de originalidad —y a veces de pimienta— que pone el humor de cada cual. Víctor, por ejemplo, habla y habla de su "Faycán" y del "Quijote". Y no cede un punto en estimar que sólo hay dos obras geniales escritas en lo que va de mundo: "Faycán" y "Don Quijote de la Mancha".

Ahora mismo están aquí José Ignacio Domínguez, con su barba y su "fiancée"; Oramas, también barbado, y Agustín Quevedo, nuestro crítico de arte. Y Paco Kraus, y Domingo Velázquez, y Luis García Maylin, ex-actor teatral y admirador de Joaquín Dicenta y de los Quintero, y el poeta Navarro Zamorano. Un verdadero pleno... No están, en cambio, don Luis

Doreste, ni Monasterio, ni Luis Jorge. Ni tampoco Federico Sarmiento. De seguro que por andar ocupado en lo de las “fotos” para la exposición retrospectiva, con introducción de Mario Pons, que trae entre manos.

Poetas y escritores, escultores y periodistas, novelistas y gentes de teatro, de todo viene por aquí, a esta meridiana tertulia, animada y encendida por el silencio unas veces y la locuacidad otras, de Antonio Izquierdo. Con tanta historia ya como fama. Compañías de teatro y afamados solistas han desfilado por ella.

De la tertulia del “Neo-Tea” hay ya mamotretos escritos, apologías pergeñadas, algo así como grandes tomos semejantes a los de “Las Mil y Una Noches”. Y otro día entonaremos un cántico a la tertulia noctámbula —entre El Polo y el Bar Evaristo y algunas veces San Cristóbal— digna también de ser immortalizada.

Enero, 22

LOS CLAVELES DE ALFONSO

¿Qué hará Alfonso ahora, con estas noches escarchadas y los relentes del amanecer? Sí, ¿qué es lo que hará para mantener altivos y perfumados sus preciosos claveles?

El amigo Alfonso vivió muchos años —aguantó muchos años— con unos bigotes que le caían muy bien y unos afanes que se le iban en cuidar, recortar y mimar la cara ajena. Fígaro de profesión injubilable, sólo cuando le alcanzó la cansera y el deseo de “hacer

sus cosas” —aquellas que había amado toda su vida— retiróse dignamente a su Aventino. Renunció a la tijera y al cosmético; dejó de ver y de rasurar barbas y cogotes —hoy la de un comisionista, mañana la de un médico, después la de un cómico, más tarde la de un Don Juan—, se despidió de los altos e isabelinos espejos y se consagró, como un viejo general retirado, a su casa y a su “obligación”: sembrar y cuidar claveles, al sol de cada día, junto a unos pájaros cantores, en un balcón que da a una calle pletórica de coches y reluciente de asfalto. ¡Las vueltas de la vida!

El invierno, con sus fríos, sus “tarosadas” y sus ventisqueros, aunque se viva en un país de fuerte y estirado sol, ha “fastidiado” sus plantíos de claveles. Los bellos y reventones de la trianera Sevilla se han negado a echar flor. Y aunque la mano cuidadosa de Alfonso les revuelva y abone la tierra, y los encañe, **atándoles con ternura unas finísimas tiras de hoja de platanera** para que se mantengan en pie, su savia, como la de Alfonso, se resiste a salir de la cálida tierra, de su abrigado hondón.

Por eso, en la vida de Alfonso hay ahora una tregua, que él llena, en tanto llega la primavera, acercándose al mar, a lo largo de la calle de Pamochamoso, para al tiempo que se consuela aprestarse para la que le espera.

En marzo o abril la tierra estará ya tibia, el sol quemará de duro y Alfonso podrá asomarse a su balconcillo, caída ya la tarde, para refrescar sus claveles y recoger sus pájaros. Y a dormir, apretado el corazón contra los recuerdos, para sacarlo de nuevo al sol, con el primer rayo madrugador de la primavera.

CUANDO PASO EL POETA

Era el atardecer, y el poeta, con sus dedos descansándole en los bolsillos de su chaleco, paseaba entre las palmeras, con su corazón en el tiempo. Veíanle mis ojos desde a poca distancia y me maravillaba de su andar despacioso y seguro, como queriendo detener las últimas luces que se le iban o alcanzar los luceros que ya asomaban.

No era Juan Ramón, porque iba solo y sin Platero; ni don Domingo Rivero, quien apenas si solía alongarse al mar, allá por los arrecifes y el duro oleaje de San Telmo; ni Cairasco, porque el poeta y el bosque de Doramas descansaban ahora en el lecho de los siglos; ni era Tomás Morales, amigo del cordaje sinfónico del mar y del oloroso y melancólico Otoño, frente a los pinares encendidos. El poeta que caminaba lento, sumido en el crepúsculo, con el corazón en la frente y los dedos trabados en el remanso de los bolsillos. era otro. Y era extraño, y hasta misterioso, verle también soñando su "camino de la tarde", junto a las solitarias palmeras y las colinas próximas, dado que siempre fue el amigo del mar y sus cosas, de las nubes que lo acompañan y de las armonías que lo arrullan en la agonía del atardecer, cuando las caracolas parecen enmudecer y los tritones han descendido a sus tálamos de nácares o arenas, y las monedas de cobre se han diluido en esas largas, inquietantes sombras, que vienen a ser las temblorosas túnicas del dios Atlante.

Le vi seguir, al paso, sin prisa de nada, con la noche ya encima, buscando acaso el faro del hogar cer-

cano. A veces deteníase, no sé si para asegurarse de que el cielo se iba llenando de nuevas esperanzas o para oír, desde cualquier confín del mundo o del corazón, aquel extraño “caracol encantado”.

Cuando pasó el poeta —luz y sombra, poesía y silencio, humildad y calma—, me di cuenta de que era Saulo.

Enero, 24

FEBRERO

MAICO

Hoy vino a verme Maico, el niño americano que vive cerca de nuestra casa.

Había venido por si me encontraba en el jardín —como otras veces—, para entretenerse ayudándome a recoger hojas secas, a enrollar la manguera o en esas varias y menudas atenciones propias de todo buen jardinero.

Pero le dijeron que me hallaba en cama aquejado de gripe y quiso pasar a verme. Le dejaron pasar en el mismo instante en que me traían una taza de té bien caliente y una aspirina.

Pero Maico se obstinó en ser él quien entrara con la taza y le hicieron el gusto. Le oí acercarse, moviéndose con cuidado para no derramar el té. Parecía un ángel. Hice por incorporarme —el dolor de garganta no me lo permitía— y cuando lo conseguí le pregunté si alguna vez le había dado la gripe y le di las gracias.

Pero apenas si me contestó nada. Algo extraño vio, sin duda, o quizá pensó. Quedó rígido, mudo, frente a mi lecho de enfermo. Quizá fueran mis brazos, a lo largo del cubre-cama, flácidos y caídos; mi cabello revuelto y blanco o la fiebre que ahuecaba mis ojos. O aquel silbido hondo, acompasado, semejante al de un fuelle, con que articulé mis escasas palabras. Acaso le parecí uno de esos apóstoles de las viejas estampas, compungidos, secos y añosos. Cargado de años, macilento y acaso cadavérico, porque salió como un viento del dormitorio.

El recuerdo fue súbito. Cuando éramos niños, solíamos asomarnos a escondidas a aquellas alcobas donde reposaban, entre albores de sábanas y bajo algún crucifijo, los fieles abuelos. Olía a alcanfor. En una rinconera, la amarillenta foto de la abuela que no conocimos. La lucecilla de aceite, con su chisporroteo, y alguna luciérnaga volando era lo más parecido al misterio que ya barruntábamos.

¡Ay! Jamás me he sentido tan cerca del estremecimiento como cuando esta tarde vino Maico a verme.

Febrero, 2

ROSAS Y DIOS

¡Cuánta felicidad respira este día que nos ha dado Dios! Todo es azul, intenso, desconocido. Los labios de la verde hierba beben, ávidos, la mañanera luz. El cielo es un inmenso nido deslumbrante. Poder pensar,

decir: Vivo. Soy. Mi corazón es un acorde de esta infinita música.

Alma colmada de luz, de fe y de esperanza. Cantan los cielos su alegría; estremécese el agua de la pasada lluvia, tumbada sobre la tierra, como una bestezuela en celo, soñando su esperada fecundidad. Las rosas de Dios próspero y bueno.

Y cómo goza mi corazón sintiéndose nacer, volver, peregrino de la noche y del amor, bebiendo, gota a gota, este inesperado vaso de felicidad.

Solo. En mitad del sueño y del mundo. Los recuerdos me han dejado solo.

Vuela una mariposa por sobre el corazón estremecido de esta luz, de esta zozobra. Quieren mis ojos seguirla y no lo consiguen. Pienso en la eternidad. Debe ser como una mariposa volando, volando, sin acabar. Hasta el fin. ¿Hasta el fin?

Y uno no sabe si estas rosas, en su escalofriante silencio perfuman a Dios o a los muertos.

Febrero, 3

“CASA DE MUÑECAS”,
EN LA CASA DEL MARINO

Con la célebre pieza del autor de “Espectros” reanudáronse el pasado jueves las acostumbradas lecturas teatrales en la Casa del Marino. La preparación de la lectura de esta obra ibseniana fue dirigida por Antonio

Cillero, dentro del amplio proyecto teatral de la C.I.T.E.

La lectura fue espléndidamente desarrollada por sus intérpretes y el público asistente siguió con vivísimo interés el hilo dramático de la obra. A cargo de Pepita Domínguez, Ana María Peñate, Inmaculada Quiney, Amador Bedford, Antonio Naranjo y Paco Nogales corrió la versión leída de tan interesante pieza del teatro contemporáneo.

Indiscutiblemente, es Ibsen, con Strimberd, el creador de ese interés humanísimo, directo y palpitable que informa la problemática del teatro de nuestros días. Sin ellos, sin su arranque simbólico y conmovedor, cargado de estremecido realismo, no habría raíces hondas y firmes en que apoyar las ambiciones del teatro de última hora. Maeterlinck, Bernard Shaw, Hauptmann, ¿qué son sino estrellas nacidas del cielo ibseniano?

¿Por qué no se ensaya “Casa de Muñecas” para darle una representación en el “Pérez Galdós”?

Su lectura duró algo más de dos horas y ello motivó que al final no hubiera el habitual coloquio.

El público, numeroso, abandonó el teatrillo de la Casa del Marino bastante complacido.

JOSE RAFAEL

José Rafael es un joven poeta. Ha pasado apenas de los veinte años y tiene ya un par de cuadernos de versos, escritos y editados en negra tinta y arrancados al corazón.

La ilusión, el deseo de llegar, de tocar el cielo de la poesía con la mano, parecen animarle, encenderle. Lo común a la juventud —el divertimento, la audacia, lo impulsivo, la irresponsabilidad— no parece habitar en él. Al contrario, es sereno, nostálgico, soñador, reflexivo y a la vez inconforme. En el umbral de la vida, su mirada es ya honda, apesadumbrada y urgida. Con deseos de remontarse, águila de los sueños, y de llegar, en un vuelo sin tiempo, a la luz y al amor de las cosas.

Su libro “Despertar”, editado en 1964, trae en su portada una mano blanca queriendo coger un pájaro que vuela... Dichosa juventud la de José Rafael que poetiza tan bellamente el drama del insatisfecho corazón humano. El alba aventa los pájaros; el hombre se alza para recoger el fruto de sus deseos, de sus esperanzas. Y la vida pasa; la luz se disipa, y cae la negra noche, como un punto y aparte del fatigado corazón.

José Rafael es un joven, con mucha vida, mucha poesía y mucha ilusión por delante. Una fe grande tenemos en su palabra, en su esperanza. De su libro “Despertar” ha escrito Ernesto Salcedo, recientemente:

“Sobre las páginas de este libro de poemas, José Rafael tiene ya una andadura poética innegable, desde la que no debe mirar atrás. Es una raíz honda con semilla para muchos frutos. La promesa comienza en los versos finales de este último poema”:

*... Que en el fondo de mí nada
fermente Dios en silenciò.
Amasado con palabras,
humilde pan de mis versos...”*

En silencio, como canta la humilde yerba, parece que José Rafael está agavillando su nuevo, esperanzado fruto poético.

Febrero, 12

EL JARDIN DE LUGO

Una noticia grata nos acaba de dar la prensa en palabras del alcalde de la ciudad, don José Ramírez Bethencourt. Y es ésta: Los terrenos de la ex-finca de Lugo, fronteros a la Clínica del Seguro de Enfermedad, serán convertidos en una plaza pública, respetándose así el ambiente del lugar, los orígenes de aquella zona, ayer un bosque en pequeño, con sus terrenos de cultivo, sus acequias de riego y sus yuntas aradoras, y, ahora, una parcela más, llamada a convertirse en arbolada y verde plaza.

Una noticia grata, que esperábamos de quien por encima de urgencias y de exigencias de todo tipo —expansión de calles, dotación de imprescindibles servicios, regulación del tránsito rodado—, coloca, a la hora de la verdad, su amor a lo patrio, a lo nuestro, por pequeño y pobre que parezca.

Y no lo es, ni pobre ni pequeño. Las Palmas está carente de parques, de zonas arboladas, de esos pulmones que las ciudades necesitan para que sus habitantes, en especial los niños, no se asfixien.

Hemo visto al alcalde, a temprana hora, con sus manos recogidas a la espalda, un día y otro, presen-

ciendo el comienzo de la diaria faena de las obras —hoteles, avenidas, alumbrado— emprendidas por la municipalidad. ¿Un artesano más? Y le hemos visto, al filo del mediodía, llevando su cartucho con frutas, camino del hogar. D. José Ramírez Bethencourt, con su apariencia de áspera e inaccesible persona, de más administrador que rector, tiene una marcada prosapia canaria.

Y el alcalde, quien en su fuero interno es natural que sienta las inquietudes y las ansias de cualquier modesto y preocupado ciudadano, ha visto, por fortuna, esa necesidad y ha soñado —por qué no— con restarle a la edificación habitable ese pedazo para darlo a la comunidad. Cosa que es de reconocer y de aplaudir.

ANDRES HERNANDEZ NAVARRO Y UN LIBRO DE POEMAS

Andrés Hernández Navarro, una de las plumas más ágiles y mejor orientadas con que cuenta el periodismo canario, viene desde hace tiempo sentando cátedra de constancia y de amor al oficio en sus periódicas apariciones en la prensa local. Parecen manarle los temas y el comentario con viva espontaneidad y fluidez. La vida con sus mil vertientes, el paisaje con sus múltiples variantes, el arte, el amor y la ternura hacia los hombres y la tierra donde se vive o se muere, imantan y diseñan sus impresiones y apuntes. Hernández Na-

varro es un espíritu abierto, observador e impresionable, que lo mismo canta una elegía, como el poeta, a la efímera rosa, que un himno a la luz, a la miel o a la espina de los avatares cotidianos. Recordando la definición que Larra hiciera del periodista, acaba de escribir, poco más o menos: “Es periodista, debe ser periodista —como algo sustancial al hombre de la crónica diaria—, aquel que no se paga —y esto suele ser también importante— de presunción alguna”.

Pero el cronista de “Campanas de bronce”, o el que solía asomarse a las ventanas de “La Hoja del Lunes” o de “Isla”, a más de volanderas y periodísticas cuartillas, llena también páginas con el sorprendido y recién nacido poema. Poemas que escribe y guarda, a doble llave, en la alacena de sus intimidades.

Sólo una vez —le ha costado algún trabajo decírnoslo —diose una lectura de los mismos en el Hogar Canario de Madrid. Hizo la presentación el malogrado Pancho Guerra. Mas han pasado ocho o diez años y Hernández Navarro ha ido, como la gota de agua, llenando su ánfora poética. De ahí el interés o la curiosidad de que su autor —no todo iba a ser prosa, Señor— se decida a editar esos poemas o, cuando menos, a darles pública o privada lectura. Ahora que la poesía parece estar, afortunadamente, en auge.

SALVEMOS LA MUSICA POPULAR

Viendo un programa televisado del Concurso de Rondallas y Orfeones que se viene celebrando en Santa

Cruz de Tenerife, no hemos podido por menos que dolernos de la preterición, olvido o menosprecio en que cada vez más se tiene a la música popular. La tonadilla, el aire de la tierra, la canción o el folklore, todo eso que es, en resumidas cuentas, el alma popular.

El alma popular, la música, alegre o triste, del pueblo, recogida en bellísimas partituras por músicos como Chueca, Bretón, Alonso, Luna o Usandizaga y cantada, expresada por las voces prodigiosas de tenores, sopranos, bajos y barítonos excepcionales, sin olvidar a las grandes contraltos. La música honda, sencilla, compartida, también, por Coros (de zarzuela), Masas Corales y Orfeones de España. Música tradicional, romántica, bella y nostálgica, fiel expresión del ser y del sentir de una colectividad.

Oíamos al Orfeón "La Paz", de La Laguna, en Barcarola, de "Marina", la "Maitechu mía", de Alonso, o la jota de "La Bruja", de Roberto Chapí, esta última cantada a cuatro voces con la participación del solista Ainiero Febles Abreu, y el alma se nos ensanchaba de emoción. ¡Cuánta belleza musical olvidada, perdida, a cambio de una postiza, intrascendente, pobre y cursi música de guitarras eléctricas y de disonantes o melodiosos canturreos ye-ye! Sí, cuánto valor, cuánta maravilla musical, fruto de la mejor inspiración, tirado por la borda a cambio de algo despersonalizado, sin alma y sin tradición.

Hay que salvar, si ello es aún posible, el tesoro de nuestra música popular, encarnada ayer en un Arrieta, Barbieri, Fernández Caballero, Torroba, Bretón. Hay que hacer lo posible por evitar la defunción tremenda de esos valores musicales, expresión de un pueblo, del

sentimiento de una época. Paco Kraus, y con él otros muchos defensores de la zarzuela, se ha dolido vivamente de esto y no ha escatimado su ardorosa adhesión a cuanto suponga una acción de salvamento o de rescate de nuestra zarzuela, género tan glorioso y rico en bellezas musicales y tan dejado de la mano de Dios. Hay que salvar, sí, de una muerte segura, a la música popular.

DON SIMON BENITEZ PADILLA

Se le suele ver, de vez en cuando, frente a algún escaparate de librería, buscando, con sus ojos sagaces, lo recién llegado, o atravesando el umbral para pedir sus periódicos, libros o revistas. Y también se le suele ver andando despacio, con sus gafas caladas, sonriente y amigable, cruzando el Puente de Verdugo, flanqueando la Alameda o consultando su reloj al oír campanadas. Es cuando se encamina —don Simón, que sepamos, nunca tuvo coche— a su casa, en la calle de Pérez Galdós.

Se conoce al dedillo las islas orientales por haberlas estudiado y recorrido, a lomos de camellos, de punta a punta. Su magisterio en Vías y Obras en la Corporación Insular ocupó toda su vida. Y toda su vida, también, los estudios, las lecturas, el conocimiento de los hombres. Pronunció diversas conferencias —lecciones— sobre personajes históricos, literarios y sobre Mineralogía. Su gran pasión ha sido y es la geología,

el vulcanismo, el esqueleto y misterio de la tierra madre.

Espíritu liberal y abierto el de este gran estudioso, jamás inclinado a ningún viento determinado, a ningún dogmatismo, sino a la clarificación y pureza de las cosas y del pensamiento; algo escéptico, con su sano y fecundo humorismo. Casi apasionado de la cultura francesa y en general de toda preocupación intelectual. Amenísimo y ocurrente conversador y un verdadero archivo de anécdotas.

Hombre sobrio, de principios morales insobornables, atento hasta la exageración, culto y perspicaz, unía a estas virtudes la no despreciable de amar a su tierra. Gran Canaria, por encima de todo y acaso más.

Huellas del espíritu de don Simón jalonan el quehacer intelectual de la isla. Sus conferencias, amenísimas, artículos y monografías sobre temas científicos, históricos o de arte marcan su sabia e inquieta andadura. La labor de este hombre, paciente y callada, ardua y romántica, constituye, de suyo, una hermosa entrega humanística.

D. Simón y la Isla casi se confunden y complementan. Hombres y tierras, almas y piedras, celajes y barrancos, están en su íntima historia, tan profundamente enlazados que no hay manera de escindirlos o separarlos. Si grandes satisfacciones y serenidades lleva consigo, sabido es que también incurables dolores, clavados en su carne, maceran sus más desconsolados recuerdos. Junto a sus libros, a una pálida flor abierta o a la vera de los retratos de los que se le fueron, le imaginamos ahora. Mirarán sus ojos viejos croquis, descoloridas estampas; escuchará risas infantiles o,

acaso, alguna súbita campana. Y el corazón se le ensanchará, en la plenitud del entrañable retiro y soledad, ahora que el aura de una música besará sus sienes, como cuando, a lomos de camello, como un Quijote de la Isla perdíase entre volcánicos, amados e incansables caminos.

Febrero, 17

FLORES DE CANARIAS, EN ALGUN RINCON DE MADRID

Si a más del monumento a D. Benito, obra del cincel de Victorio Macho, que se alza en el Parque del Retiro, se lograra llevar a cabo esa iniciativa de plantar ejemplares de la flora canaria, que diesen su estampa y sus flores en algún rincón o plaza de Madrid, el mensaje permanente de las islas en la capital de la nación estaría completo. Mensaje o presencia de una realidad geográfica y específica, simbolizada en las flores, de los pedazos de la patria más alejados.

Salvias y verodes, pitas y tuneras, tabaibas y aulagas, siemprevivas y “mastrantos”, aclimatados allí, agrupados allí, presentes allí, con sus típicas y específica formas, sus colores y sus aromas. Plantas y flores de las islas, algunas de ellas genuinamente canarias, y hasta podría plantarse allí algún drago, el de la sangre curativa y generosa, multiplicándose en sus cien brazos, como un fabuloso árbol milenario, ¿Por qué no?

La iniciativa, según información epistolar que recibimos del inquieto periodista Oscar Falcón, a quien encantan Larra y el Madrid antiguo, ha partido de la peña canaria del Ateneo y es de una originalidad admirable. Sólo falta ponerla en práctica.

ANTONIO ABAD HERNANDEZ

La figura de Antonio Abad Hernández nos es entrañable. La figura y el hombre, por la cantidad de historia del teatro local que lleva encima.

¿Quién no lo recuerda en el dramático papel de Osvaldo, de "Espectros"?

Las generaciones actuales saben poco o casi nada de este actor canario. Es que, desde hace muchos años, Antonio Abad no ha vuelto a las tablas.

Su historial es sencillo. Estudió en la Escuela de Declamación del Teatro Español, siendo director Donato Mosteidin. Hizo de primer galán con el eminente Tallaví, gloria del teatro nacional. Cuando se estrenó "Sor Simona", de Galdós, Abad trabajó de galán joven con Irene López Heredia, para cuya actriz escribió D. Benito el papel de Sor Simona. En esta ocasión trabajó como Primera Dama la célebre María Gámez.

Fallecido Tallaví, Antonio Abad siguió al frente de la Compañía, pero habiendo enfermado poco después se retiró del teatro profesional y abandonó los escenarios madrileños para venir a su isla.

Recuperada su salud continuó aquí sus actividades teatrales, siendo primerísima estrella en "Los Doce"

y en otros cuadros de actores aficionados. Cooperó con actores de tan justa fama como Santiago Rivero, Conchita Rodríguez, José Rodríguez Iglesias y Matilde y Capitolina Gaspar, a quienes, la isla, acaba de rendir homenaje.

Como ya dijimos, Antonio Abad Hernández lleva mucha historia del teatro encima, y mucha, alegre y amarga, experiencia vivida. Pero es inolvidable su pasión, su total entrega al arte de Talía. E inolvidable su vida misma, con su diversidad de éxitos y de contronazos. Amable, caballeroso y bohemio amigo de ayer y de hoy, este Antonio Abad Hernández, de quien la sagaz y fina pluma de Rafael de Mesa (otro canario imperdonablemente olvidado), dijera:

“Antonio Abad es un caso especial de artista que se debe a sí mismo. Sin haber recibido nunca ayuda, como tanto histrión ha recibido, se ha creado una personalidad indiscutible que nada tiene de imitaciones ni de inspiraciones exóticas. Es él y nada más que él.”

A veces le encontramos, paseante solitario, con mucha historia de teatro encima, sus revueltos cabellos y sus finas maneras y nos abrazamos conmovidos. Embozado en recuerdos y aún con esperanzas sale a buscar el sol en el acto último de su vida.

Febrero, 19

POESIA DE NAVARRO ZAMORANO

Hoy vamos a ocuparnos de Salvador Navarro Zamorano, un poeta joven que se lo merece.

Tiene ya publicadas las obras en verso, “Cuando aún es de noche” y “Entre el silencio y los sueños”, en 1963 y 1964 respectivamente. Pero es en “Isla Sonora”, editada en 1966, donde encontramos al poeta en magnífica y prometedora forma, tanto en lo inspirativo como en lo directo de sus poemas. Aquí hay hondura, reflexión y protesta. La súplica, tan en boga en algunos poetas, está descartada en este libro. Apunta con el dedo los dolores e injusticias que le dañan. No es este un verso intimista, líricamente condolido, sino, antes al contrario, abierto y de denuncia. Una poesía con cierto matiz social, si se quiere, por su intencionalidad y alcance. Un mensaje en el que van implícitos el dolor y la protesta de un alma que anhela la verdad, el bien y el amor para derramarlos, a manos llenas, sobre los corazones afligidos o desesperanzados.

*“Demos nuevo ritmo a los días
con una hermosa canción...”*

.....

“...donde las lágrimas sean dulces esperanzas”

.....

*“Hace treinta años
nací. ¿Para qué?
¡Contéstenme, hombres!”*

.....

“Soy como una cosa que anda, sin caminos...”

Y así, el breve salterio de este libro, grito arrancado a la juventud del poeta, donde van de la mano o se dan cita los primeros clamores de una tristeza, junto a la incertidumbre —certeza ya— de

*“una historia, en cada casa;
una pena, en cada puerta;
una oscuridad sin luces”.*

¿Y no hay poesía, honda y desgarrada, en esa fe, en ese grito, en esa humilde bondad con que el poeta reclama, al tiempo que se fortalece y consuela, la humanidad de estos dos versos definitorios?:

*“Por encima de todas las traiciones
unamos nuestras manos”.*

Se unen la lluvia y la luz para darnos el arco-iris; el amor y la comprensión para construir y salvar la tristeza y la soledad del mundo. Como canta el poeta Zamorano, unamos nuestras manos, la luz de nuestras esperanzas y sintámonos hermanos. ¡Hermanos!

GABRIEL MIRO

*A la devoción de Juan Velázquez y
Velázquez por Miró.*

Acaso porque hoy amaneció el árbol aquel grande, que hay casi a mitad de la calle, con su gran alfombra de flores lilas, nos hemos fijado, quizá con más fijeza que otras veces, en la dulzura y parquedad de ese nombre.

Es una calle diminuta, en la que se asientan no más de cinco viviendas, de dispares edades y estilos, con sus jardinillos frontales y sus vallas, y sus huertas de frutales y palmeras. En su arranque sur, el amplio y confortable "Hotel Atlántico", luego dos chalets gemelos de cales blancas, con sus garajes laterales y sus plantones de rosas y de jerberas y, al final, desembocando en la plazoleta de José Antonio, la casa, con mucha antigüedad en sus techos y paredes, de don José Jorge. Aquí, una rosaleda que, en esta primavera como en todas, es una maravilla de colores y de perfumes, y un perrazo que "guarda la viña", tendido las más de las veces al dulce y tibio sol abribeño. Pero fue aquel árbol, sin duda, retoñado totalmente de flores violeta, —árbol como hay pocos en estos contornos—, quien me hizo fijar con mayor atención en el nombre que, desde hace ya tiempo, ilustra a esta calle.

Gabriel Miró, el malogrado escritor levantino, fue ídolo y guía, durante unas décadas, de la juventud española. Su obra, la que con paciente y devota delección iba creando, nos la quitábamos de las manos para devorarla también con una afección parejamente ardorosa. Tenía aquella obra, como la del mar, como la de la nube, como la de la tierra que se abre y florece, una irresistible seducción para las almas nuevas, para los sueños que empezábamos a forjar. Una a una también, como nubes que pasan y nunca más vuelven, desfilaron, con nuestras inquietudes, aquellas maravillosas páginas de "El libro de Sigüenza", "El humo dormido", "Las cerezas del cementerio", "Niño grande", "Nuestro padre San Daniel", "El obispo leproso" y "Años y leguas", libro, este último, que hemos vuelto

a leer, con el que hemos vuelto a dialogar, con ese diálogo partido, entrecortado y dolorido con que le hablamos a un amigo, a un pasado que de pronto encontramos.

Miró, como Azorín, como Machado, como algunos otros poetas o escritores de a comienzos de siglo, simbolizó una actitud, un ser, una función espiritual, una pasión, recóndita y bella, que se expandió, como un inmenso y trascendente aroma, sobre campos y villas, llanuras y eriales, hombres y almas del área española. El alma nacional no coreaba sólo el cuplé de moda, el torero de fama, sino que se sentía atraída por el ardor, la fe y la esperanza en una vida más elevada, más honesta y laboriosa, más profunda y entera, que trascendía de la rica heredad de aquéllos. Miró, "Andrenio", Maeztu, Azorín, Ortega, por no citar más, pretendieron colmarnos el espíritu de inquietudes, de unciones, de dudas y hasta de asperezas para que, cada cual por su propio camino, buscara y encontrara el de su posible salvación. Fue la suya una labor de los menos para los más, de los escogidos o iluminados para los que íbamos a campo traviesa de la vida y de la Historia.

Con Sigüenza he vuelto a pasear por los lugares, veredas y cementerios del suelo de España, bajo los olivos centenarios, los chopos poéticos y el sol y el azul mediterráneos. Antigüedad, polvo, prisa, siglos. Clasicismo. Gabriel Miró: una cita, un índice. ¿Algo ha pasado? Gime alguna noria, suspira el cortado aire serrano y hace un gran estrépito, casi rozando el cielo, la hélice del avión. No sabe uno bien, sí, qué ha pasado, qué ha prescrito, si la juventud, la ventura o la aurora

de aquel gran día que soñamos sobre las páginas de Miró, de Alomar, de Eugenio d'Ors, de Eduardo Gómez de Vaquero.

A ver, Ventura Doreste, Alfonso de Armas, Juan Velázquez, si acometéis la tarea de restaurar, de reencender de cualquier forma —artículo, conferencia, monografía o ensayo— ese reverente y primoroso legado literario. Hagamos lo que, de otro modo, está haciendo la Primavera.

I N D I C E

	<u>Pág.</u>
 1965 SEPTIEMBRE	
VENTURA DORESTE	9
Próxima exposición del escultor José Perera	9
Aula poética a la vista	10
Yolanda Graziani	10
Telde y Fernando González	11
Aniversario	12
Federico Sarmiento y su exposición de fotografías	15
 OCTUBRE	
El mejor homenaje	16
Desde Avila	17
Cronista Oficial de la ciudad y decano de los poetas	17
Vicente Marrero pasa una temporada en la isla	18
Don Chano S. Padilla	19
Un libro de poemas de Vicente Jiménez	20
¿Obra teatral inédita de don Juan Millares Carló?	20
Agustín Sánchez en el recuerdo	21
Ilonda Ferrero	23
Libro de versos de Luis Benítez Inglott	24
Lectura teatral y canto	25
«El Timple» y Jovellanos	26
Pino Ojeda y su «Piedra sobre la colina»	27
La alameda de Colón	28
Perro y flor	29
Juan Velázquez y su prosa humanística	30
El pintor Gómez Bosch	31
¿Qué será de Gilda?	33
Víctor Doreste se va a Tenerife	34
Paseo por la Ciudad Alta	35

	<u>Pág.</u>
Don Julián Torón Navarro	37
Burro y hombre	38
Réquiem por el viejo Círculo Mercantil	39
Don Manuel Naranjo Sánchez, preparador del Museo Canario	41
Los laureles de la Plaza de San Bernardo	43
Juan Medina Miranda	44

NOVIEMBRE

Tertulia del año 1920	49
La fuente de Colacho Massieu	51
Ousmane	52
Adiós a un amigo	54
Una rosa	55
José Mateo Díaz	56
Una pincelada	58
Luna llena	60
Jesús Oramas, pintor orotavense	61
Víctor Doreste	63
Dos laureles	64
Evocación de Jorge Oramas	65
Don Juan Sintés Reyes	67
El otoño nos dice adiós	68
Manolo Montesdeoca	69

DICIEMBRE

Anverso y reverso	73
Carlos Medina de Matos	75
Fantasia y paisaje	77
Tardes en el Museo Canario	79
Don Agustín Millares Carló, de nuevo en la isla ...	81
Juan Velázquez Velázquez y la Universidad	82
La hidalga ciudad de Telde	84
Palmera con dátiles	85
El organista	86

	<u>Pág.</u>
Montiano Placeres	88
Pluma canaria consagrada a lo vernáculo	90
Rachmaninoff	91
Visita de Navidad	93
Día de lluvia	95

1966 ENERO

Míster Grieve	99
Carta a Antonio Jaén Díaz	101
El maestro Gerardo de Atienza	102
Enrique Ruíz de la Serna	104
Saint Saëns y Melpómene	106
Consideraciones sobre hombres públicos	108
El mar	110
Visita a Plácido Fleitas	111
Conversación y elogio	112
Mañana de sol	114
Un libro del doctor Bosch Millares	115
Tertulia meridiana	116
Los claveles de Alfonso	118
Cuando pasó el poeta	120

FEBRERO

Maico	125
Rosas y Dios	126
«Casa de muñecas», en la Casa del Marino	127
José Rafael	128
El Jardín de Lugo	130
Andrés Hernández Navarro y un libro de poemas ...	131
Salvemos la música popular	132
Don Simón Benítez Padilla	134
Flores de Canarias, en algún rincón de Madrid ...	136
Antonio Abad Hernández	137
Poesía de Navarro Zamorano	138
Gabriel Miró	140

y en los diarios madrileños "El Socialista" y "El Heraldo". Asimismo ha colaborado en las revistas poéticas insulares "La Atlántida" y "Hespérides", ya desaparecidas, y en "Gánigo" y "Azor", que se publican en Santa Cruz de Tenerife y Barcelona, respectivamente.

En 1935 publicó "La primera estrella", ensayo autobiográfico, y rebasado el bache de nuestra guerra civil, dio a la estampa, en 1951, "La luz baja del cielo", libro de poemas, al que siguió la novela corta, "La Alianza", en 1954, y, en 1967, "Crónicas y Narraciones", que obtuvo un clamoroso éxito de crítica. Pero su obra última, en verso, dio la

versión de un poeta auténtico, de honda esencia y de corto metro, en "Palpada melodía", que hace el número 66 de la Colección "Rocamador" y que lleva un prólogo descubridor del poeta palentino José M.^a Hernández Nieto.

Su formación literaria es autodidacta y su amor y apego a las letras es, como en todo verdadero escritor, su razón de vida.

La presente obra es una simple nota de hechos, estampas, perfiles, anécdotas y secuencias de un escritor que ha querido dejar constancia de su tiempo, de su quehacer y de su emoción. Estas páginas te aproximarán a una visión, una luz y un sentimiento de algo exótico y desconocido. De un mundo entre la imaginación, la verdad y la lejanía.

TERTULIA CANARIA es la pequeña biografía de unas vidas, unos afanes y unos humanos y comunes acaecimientos —en algún lugar del mundo— que el viento se llevo...

